

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, FEBRERO 6 DE 1898.

NUMERO 6.



El regalo del novio

FOR VILLASANA

LA SEMANA

El suicidio del Sr. Weil ha conmovido hondamente á la Sociedad. Joven, lleno de vida y de ilusiones, con un porvenir risueño abierto ante su paso, dotado de todas las virtudes y sin ningún vicio, estaba al parecer llamado á una vida larga, útil y fecunda, á fundar un hogar tranquilo y feliz y á figurar como uno de los muchos miembros honorables y estimables de las colonias extranjeras que colaboran al progreso del comercio y de la industria nacionales.

En condiciones vulgares el suicidio consterna, en los especiales del joven Weil aterra. ¿Qué busca el hombre en la tierra? ¿qué exige de la naturaleza y de la Sociedad y de la vida, que la abandona en medio de sus galas, de sus placeres, de sus panoramas pintorescos y de sus horizontes infinitos?

Si el instinto primordial, dominador, omnipotente es el de la propia conservación; si como el viejo impotente y valetudinario de «La Joie de Vivre» de Zola, el hombre da de barato la vejez, la impotencia, la gota que tortura, el enfisema que asfixia, el cancer que corroee con tal de vivir á todo trance y á toda costa; si la miseria, el desencanto, el menosprecio social no bastan á extinguir el anhelo de sentir circular la sangre, latir el corazón, contraerse el músculo y funcionar la viscera, entonces el suicidio es una aberración, una forma de la locura, una manifestación del delirio. Así lo explicaron los antiguos psicólogos y moralistas.

Hoy esa opinión no es ya sostenible y está probado que en plena razón, con el goce expedito de todas sus facultades, hay hombres, algunos, tal vez muchos, que desiertan voluntariamente de la vida. ¿Por qué? En virtud de una transformación gradual de nuestros instintos animales primitivos. Los refinamientos de la civilización, el aumento perceptible del bienestar humano, las comodidades que proporciona el lujo y los placeres que derivan de la cultura social y de la vulgarización del arte, van haciendo predominar en el corazón del hombre, el amor al placer sobre el amor á la vida. Ya no vivimos para vivir; vivimos para gozar. Para un grupo de seres cada día mayor, la vida en sí misma nada vale; lo esencial son las satisfacciones de la vanidad, los éxtasis de la gloria, los goces materiales refinados, el vino, el amor, las mujeres, el ejercicio del poder, el culto que les tributan las multitudes. La vida, para ellos, es una carga y un suplicio cuando se desvanece la ilusión que la alimenta, cuando se extingue la esperanza que la estimula, cuando se evapora la dicha que la endulza.

De ahí la generalización del suicidio: el cajero que juega y pierde porque sabe que liquida con el revolver; el amante desdeñado que extingue su dolor en la copa de veneno; el ambicioso desencantado que deja colgados en una viga madre sus aspiraciones y sus despojos; la obrera miserable que aspira vapores de carbón para ahogar en el humo sus tormentos.

El suicidio es enfermedad endémica de nuestro siglo; pero lleva en sí misma su remedio: Eliminados por su propia mano los hombres que aman más el placer que la vida se restablecerá el equilibrio, como se extinguen las epidemias cuando ya no tienen á quien matar y en definitiva; sobrevivirán aquellos que aman la vida por sí misma y que huellan con valor y con serenidad sus abrojos. *Ainsi soit-il.*

Ya pareció *el faro*; que es como quien dice: ya pareció el peine. El juez que investiga el caso Franke tenía ya muchas declaraciones, muchas pruebas de convicción y algunas confesiones paladinas; pero necesitaba para redondear el proceso una prueba material, tangible, inequívoca, un *cuero de delito* innegable é indubitable y su habilidad ha dado ya con él.

Es una chuchería á la vez decorativa y práctica: *el faro* es un mueble que puede figurar indiferentemente en un *boudoir* como en una cueva de bandidos. Su mecanismo es delicado y preciso como un instrumento científico y un resortito invisible, última palabra de la industria del timo, quita y pone las cartas á voluntad del tallador con la delicadeza de una mano de dama.

Se atribuye á Withney la invención de ese ingenioso aparato de despojo que debe estar *patentado* en Norte-américa y figurar en el Museo de las patentes de Washington. Sustituir la mano

siempre sucia y siempre torpe del tallador tramposo por un *movimiento de relojería*, como dicen los tratados de física, y reemplazar la *boca de lobo* y el *cambiado* por un mecanismo de engranes y palancas, es una idea genial y cuyos resultados están ya palpando los acusados. Hasta el caló de Birján va á experimentar una transformación: ya no se dirá *amarrar* sino *engranar* ni *dar el pegue*, sino *aceitar*; *zapotear* será *cargar la batería*; *hacer la mueca*, *abrir la válvula*; *dar la empalmada*, *apretar el resorte*. Se mandará *afinar* la ruleta como un piano y se llamará al electricista para arreglar la mesa del baccarat.

Todo el lenguaje semibárbaro de los tramposos de la Edad de Piedra, quedará sustituido por una terminología científica, exacta, adecuada, como cumple á la civilización moderna y como cuadra á este maravilloso fin de siglo.

Withney, en cambio, nuevo Colón de este Nuevo Mundo de la estafa, cargado de cadenas, espera en su calabozo el fallo de la justicia.

Mientras en Inglaterra y los Estados Unidos, en Francia y en Rusia, el *feminismo* reviste caracteres serios y formales, entre nosotros y los pueblos de donde derivamos, en parte, por la sangre, ostenta aspectos extravagantes y colosalmente ridículos. El feminismo anglo-sajon propende á conquistar á la mujer los derechos políticos y la posición económica que han sido hasta aquí el patrimonio exclusivo del hombre. En Londres como en Nueva York se organizaban *meetings*, se fundan periódicos y se establecen clubs que reclaman para la mujer los derechos electorales, que lanzan candidaturas femeninas para los cargos públicos, que á veces las hacen triunfar y que se esfuerzan por pasar el rasero igualitario sobre las diferencias de sexo.

La mujer francesa y la rusa son menos tumultuosas en sus manifestaciones y más modestas en su ambición. Aspiran, de toda preferencia, á nivelarse intelectualmente con el hombre, á hacer los mismos estudios y á ejercer las mismas profesiones liberales. Vestidas con una enagua lisa y una chaquetilla ajustada, con chaleco de aplicación, cubiertas con un sombrero de fieltro apenas adornado con un gallito de pluma y cargadas de libros y cuadernos, se inscriben en las Universidades, siguen los cursos de las escuelas de derecho, medicina é ingeniería, concurren á los anfiteatros y practican autopsias, pasan exámenes y se gradúan para ir después á ejercer su profesión, si las leyes y las autoridades se los permiten. Mlle. Chauvin no ha tenido esa fortuna y el foro de París le ha cerrado sus puertas.

En España y entre nosotros las cosas pasan de otro modo. Díganlo si no las señoritas toreras que reivindican para su sexo la igualdad ante la barbarie y que teniendo obligación profesional de nivelarse con el hombre *por todo lo alto*, han conseguido igualarse á él por todo lo que de bajo, de anti-civilizado y de bárbaro tiene la naturaleza masculina.

En el fondo puede que las señoritas toreras tengan razón, y de no tener razón puede que les tenga cuenta su proceder. Matilde Montoya, nuestra primera doctora mexicana, debería acaparar toda la clientela femenina de la Capital, y sin embargo obtienen la preferencia sus rivales del sexo feo. Las señoritas toreras se han de haber dicho *á sí mismas*: Sagasta con todo y ser liberal no nos ha de hacer diputadas ni ministras, vamos mejor á ser reinas en el coso: la clientela es seguro que no nos confiará ni sus litigios ni sus enfermedades y en cambio es evidente que asistirá á nuestras proezas tauramáquicas; á torear pues, dejemos los comicios por las taquillas y practiquemos en grande la cirugía taurina ya que la otra nos está vedada.

Y hételas ahí vestidas de corto, lo cual es ya una ventaja, luciendo sus encantos bajo el ajuste del calzón y de la chaquetilla, y toreando de brazos, sin bailar, sin cuartejar, citando en corto y tirándose derecho. El espectáculo va á ser edificante: la gracia descabellando á la fuerza, la debilidad burlando á la ferocidad, la delicadeza banderillando á la brutalidad, hay motivo para mandar de nuevo apuntalar la plaza y para reforzar con una batería mínima siquiera, la división de caballería que no pudo reprimir el desorden en las corridas de Mazzantini.

Lo que nos preocupa es la posibilidad de achuchones, de tropicazos y revolcones que no dejan de ir acompañados de desgarrones de ropa y otros incidentes harto comprometedores para el pudor privado de las *diestras* y para el general

del público. Allá lo veremos ó por mejor decir no lo veremos porque no nos proponemos asistir.

En Tacubaya el feminismo se revela por manifestaciones más modestas y puramente indumentarias. Algunas señoritas de aquella culta sociedad han dado en vestirse con ropas masculinas de sus parientes y amigos y hasta han llegado á profanar el uniforme militar. Bota fuerte, *foette* en mano, espada al cinto, kepí sobre la oreja se paseaba noches pasadas Diana Cazadora de bracerío con la misma Venus, vestida de redingotte y sombrero de copa, por las sombrías avenidas del jardín de la Ermita.

Nada más horrible que una mujer vestida de hombre. El traje moderno masculino, todo él líneas rectas, es adecuado para revestir la estructura rectilínea tirada á cordel, característica del sexo feo y se acomoda mal á los contornos arqueados y á las curvas armoniosas de la forma femenina. Todo cruje, todo estorba, todo amenaza estallar en un flux cuando lo usa una mujer; y luego, qué andar tan menudo, qué balanceo de faldones, qué atrojamiento de modales, qué desproporción en todas las líneas! Cuando una mujer se viste de hombre, es que ha perdido toda fe en su hermosura y toda confianza en sus encantos y no es ese, no puede ser el caso de las feministas de Tacubaya.

Con todo y todo, sea cualquiera la tendencia que impulse á la mujer á igualarse al hombre, siempre será menos repugnante que la que impele á ciertos hombres á igualarse á la mujer, y preferimos mil veces una señorita torera ó un neocadete de Tacubaya, á todos los señoritos gomosos, como hay tantos, que por su porte, modales, coquetería y afeminamiento á penas se distinguen de sus hermanas.

Ya tenemos algo que oponer á los organizadores de novilladas. El arte en México decae visiblemente y las diversiones públicas tienden á encanallarse cada día más; la juventud pide á los más bajos géneros de *sport* el recreo y los goces que debiera buscar en manifestaciones más nobles de la actividad humana.

Lo primero que se ocurre á los organizadores de una fiesta es salpimentarla con un jaripeo ó condimentarla con una novillada. Pululan los primeras espadas de afición y los banderilleros de la mejor sociedad, y las miradas de las hermosas son para los picadores de tanda de los círculos más distinguidos. Cuando la sensibilidad moral de los invitados es mucha, se dulcifica el espectáculo con una partida de polo ó de *fooe ball* en el que se desnucan los herederos de los nombres más ilustres y de los millones mejor saneados.

En estas condiciones nada más simpático ni más digno de aplauso que el esfuerzo de un grupo de amantes del arte por organizar una compañía dramática de aficionados. Una primera tentativa seguida de éxito completo, debe de estimularlos á perseverar y ayudarlos á progresar y quién sabe si lleguen á redimirnos de la esclavitud y de la abyección de la zarzuela.

Es sorprendente que en el México próspero y populoso de hoy, imperen los Cocineros y la Marcha de Cádiz sin que puedan hacerles competencia ni los dramas de los Dumas ni las comedias de Victoriano Sardou y que hayamos desdeñado á Echegaray por Arniches y á Mayerbeer por Chueca.

Dos causas han contribuido á producir esa decadencia del arte y ese encanallamiento de los espectáculos públicos. La primera es la baja de la plata que coincidiendo con las excesivas pretensiones de los artistas líricos y dramáticos, ha obligado á los empresarios á reclutar en esferas humildes sus artistas y en espectáculos de categoría inferior sus repertorios. La segunda causa es el hábito que hemos contraído de oír malo y mal interpretado, lo que ha estragado bastante nuestro gusto.

Pero México se ha poblado y enriquecido y puede al menos una vez por año darse el lujo de un espectáculo pulcro, y la cultura del arte en sociedad puede neutralizar el efecto de los malos hábitos adquiridos.

Hay que rehacer nuestra educación artística, en el orden teatral sobre todo; hay que volver á nuestra antigua tradición de hombres de gusto; y ese círculo de aficionados podía prestarnos ese eminente servicio. Si así lo hiciera, la Nación se lo premie y si no que se lo demande. á D. Luis Arcaráz.

López I.

Política General.

RESUMEN.—LA AUTONOMÍA DE CUBA.—EL GOBIERNO LIBERAL Y EL GOBIERNO CONSERVADOR.—RESOLUCIÓN TARDÍA.—LAS RESISTENCIAS DE LOS INSURRECTOS.—LA AUTONOMÍA DE CRETA.—LA VOLUNTAD DEL CZAR.—LOS SUEÑOS DEL SULTÁN.—CONCLUSIÓN.

Tras rudo batallar, tras porfiada brega, que pronto habrá cumplido tres años, contra los elementos separatistas de la Isla de Cuba, al gobierno liberal del señor Sagasta, ha tocado implantar el régimen autonómico, cumpliendo con las pomesas que hizo cuando se sentaba en las filas de la oposición y cuando, caliente todavía el cadáver del Señor Cánovas del Castillo, lo consideró como la única solución aceptable para apagar la conflagración revolucionaria de la revuelta Antilla.

Venciendo las resistencias tradicionales que oponía el partido conservador de la metrópoli y de la colonia; desoyendo los clamores que lanzaban todos los interesados mercantil é industrialmente en la prolongación del régimen colonial; no haciendo caso de las exageraciones desesperadas de unos cuantos impacientes republicanos que solamente en la absoluta independencia miran la solución del problema antillano: el gobierno español constituido por el partido liberal se decidió valientemente por la autonomía de Cuba, y sin esperar la sanción de las Cortes, la instituyó á la brevedad posible.

El día 1º del pasado mes tomaron posesión, previo el juramento de ley, los ministros que constituyen el primer gabinete autonómico, y tienen la misión de preparar el terreno para que fructifique el régimen constitucional.

Ardua es su tarea, duras las resistencias que han de vencer lo mismo entre los españoles que entre los cubanos. Aquellos, ven derrumbarse la obra de los siglos entregada á la explotación de unos cuantos; estos, miran la sangre derramada, ven los inmensos sacrificios que la guerra ha costado, sienten sus inagotables aspiraciones por la independencia, sus insaciables deseos de libertad, de vida y de gobierno propio, y resisten con todas sus fuerzas, á las fascinaciones caleidoscópicas de la autonomía, que fingen pero que no son en realidad la soberanía á que aspiran.

Por eso la lucha no ha cesado; por eso la manigua arde hoy como ayer con llamaradas de incendio; por eso se sacrifica sin piedad en las filas insurrectas, al Teniente Coronel Ruiz y á todos los que van á proponer la sumisión de los rebeldes al régimen de autonomía; por eso protestan los directores de la revolución, lo mismo los que están en el campo, de batalla expuestos á la muerte y al exterminio, que los que trabajan en tierra extranjera por la soñada patria cubana.

Martí, que fué el alma ardiente y el espíritu pensador de la presente revolución, apresuró el día señalado para la explosión, porque vió que las promesas de Arbazua pudieran intimidar á unos, resfriar á otros, contentar á muchos, y por ende sofocar en su cuna la idea de independencia absoluta. Antes que se promulgaran en forma de ley aquellas promesas, antes que las Cortes españolas dieran su sanción soberana á los remedios anodinos propuestos para curar la inquietud de la colonia, el futuro mártir de Emanganaguas evocó la memoria de Céspedes, los recuerdos de Plácido, los cantos de Zenea y las víctimas todas de la guerra de diez años, y lanzó á la Antilla en plena rebelión.

Proponer entonces la franca autonomía que hoy acaba de implantarse con un gabinete responsable, un Congreso casi soberano, ayuntamientos propios y autoridad bastante en los poderes constituidos, para determinar la suerte del país y corresponder á las públicas aspiraciones, tal vez habría sido la solución del problema. España se habría ahorrado muchos sacrificios, habría economizado mucha sangre, habría librado á la juventud española de perecer en la manigua; pero en

DAMAS MEXICANAS



Srta. Mercedes Serrano
DE LAGOS

la actualidad hay políticos españoles encanecidos en la vigilia y envejecidos en la meditación que juzgan como carga onerosa el sostenimiento del régimen colonial, y piden al gobierno liberal de Sagasta, como pidieron al conservador de Cánovas, el abandono de Cuba y la concesión gratuita y magnánima de su independencia.

Los cubanos, confiados más que en sus propias fuerzas en la debilidad ocasionada á la metrópoli por esta larga y costosa guerra llena de desastres, henchida de dificultades, necesitada de inmensos sacrificios, esperan tranquilos, con algo del fatalismo atávico que les corresponde por sus abuelos árabes ó africanos.

Los Estados Unidos entre tanto, cautelosos y reservados como siempre, parecen confiar en la implantación del régimen autonómico y en la influencia que ha de ejercer la política un tanto conciliadora del General Blanco, comparada con la terriblemente severa del Marqués de Tenerife, de inolvidable memoria en los campos antillanos. Esa confianza no empece que el acorazado *Maine*, visite las aguas cubanas, que el *Montgomery* dirija su proa hacia la gran Antilla, y que toda la escuadra del Atlántico se prepare á una visita cordial y amistosa en caso necesario.

¡Cuántas sorpresas nos prepara todavía la cuestión cubana!

Hace un año que los patriotas cretenses, hartos del dominio secular del fiero musulmán y cansados de la coyunda impía á que habían vivido sujetos por varias generaciones, pretendieron por centésima vez sacudir el yugo de la esclavitud y constituirse autonómicamente, ó formar parte del reino heleno á donde los arrastraban sus sentimientos religiosos, sus tradiciones de raza, sus aspiraciones de libertad. Inútiles fueron sus esfuerzos ahogados en sangre por la espada del Sultán, y cegados en flor por la intervención de las potencias cristianas, que no permitieron á Grecia acudir al socorro de sus hermanos, sino antes bien, como irritando las iras populares y excitando las ilusiones de los demagogos, la arrastraron á una guerra desastrosa donde quedó maltrecha y humillada.

Han cambiado los tiempos: el Czar omnipotente que el año pasado mandó su flota para ayudar al bloqueo de Creta, acaba de declarar formalmente ante la Sublime Puerta, su inflexible decisión, su inquebrantable deseo de ver al Príncipe Jorge de Grecia como gobernador de la isla.

Expresada en terminos categóricos esta de-

terminación, nadie podrá resistirla, y el Sultán dócil y plegadizo á las insinuaciones de los poderosos, como ha sido altanero y cruel con los desvalidos, tendrá que manumitir la isla de Minos, otro girón arrancado á su manto imperial salpicado de sangre como se arrancaron la Moldavia y la Valaquia, como le quitaron la Bulgaria y la Rumelia, la Servia y la Circasia, como le han ido arrebatando uno á uno los florones más brillantes de su corona.

Pudo enorgullecerse y mostrarse altivo con Grecia infeliz, humillada en los campos de batalla en el último conflicto; acaso soñó entre los perfumes voluptuosos de su harem y las canciones sensuales de sus odaliscas, vengar á filo de espada y con llamas de incendio la última rebelión de los cretenses y renovar en las agrias montañas las matanzas de armenios y los sacrificios épicos de los suleotas. Ha hablado el autócrata moscovita y habrá que acatar su soberana voluntad.

¡Resurge, Creta! Ya estas libre del yugo musulmán! Entra de lleno á cumplir tu destino en el concierto de los pueblos civilizados.

¡Resurge, Creta!

X. X. X.

3 de Febrero de 1898.

Un palacio encantado.

Los viajeros que de las cinco partes del mundo van á París; se han familiarizado ya con el encantador espectáculo del *Chateau d' Eau* sin embargo de que parece un sueño de la fantasía esa mansión de las Náyades y de las Nereidas, que guarda primorosos hechizos en sus mil vistosos juegos de movable cristal.

Pues bien, el profesor Jan Zawiejshi, arquitecto del Teatro de Cracovia, ha presentado para la Exposición fin del siglo, un proyecto de *Palacio del agua* que supera en esplendor á cuanto pudiera imaginar el loco de más talento que tuviera la monomanía de las grandezas.

La esbelta armazón se construirá en hierro hueco preparado y taladrado de manera que anchas lenguas del precioso líquido formen las paredes, chorros constantes las rejillas, las cornisas y las molduras y poderosos surtidores envuelvan los arcos y galerías de columnas.

En sus diversos pisos ostentará los ordenes Toscano, Jónico y del renacimiento y será iluminado de noche con luz eléctrica de cambiantes colores.

En medio de las enormes cataratas de agua que constituirán este prodigio del ingenio humano, los visitantes podrán recorrer todos los departamentos interiores y exteriores, sin que los moje una sola gota del líquido cristal.

Contará el palacio para mayor atractivo con un Teatro de Variedades, un Restaurant, un Velodromo y un Salón de baile.

Con extraordinaria habilidad están tomadas todas las precauciones para que el viento por fuerte que sea, no influya sobre el Palacio.

En el invierno, el Palacio del Agua se congelará y no habrá más que variar el título y poner á la puerta *Palacio de hielo*.

Y ganará en belleza.

Refieren las antiguas leyendas que un bufón enamorado de una de las más nobles damas de la Corte Moscovita, llegó en su pasión á tal ceguedad que se atrevió á pedirle al Emperador permiso para casarse con ella. Grande fué el asombro de Su Majestad cuando vió que la solicitud de su bufón iba en serio, y se asombró más todavía cuando consultada la voluntad de la dama, esta accedió gustosa al matrimonio y confesó que estaba de acuerdo con su pretendiente.

Para castigar la audacia del uno y la fragilidad de la otra, el Monarca consintió en la boda, la apadrinó y como presente regaló á los novios un magnífico palacio de hielo que hizo amueblar suntuosamente. Allí tuvieron verificativo las ceremonias nupciales y el gran sarao con que terminó la fiesta.

Idos todos los convidados se despidió el último el Emperador, y después de salir, mandó regar con agua las junturas de todas las puertas y ventanas. Solidificada el agua con la primera ráfaga de viento el palacio se convirtió en tumba de aquellos dos enamorados.

Pero el *Palacio del Agua* de la Exposición de París aunque se torne en Palacio de hielo, no será tumba de nadie, sino centro de regocijos, deleite de los ojos, asombro del espíritu, y una de las concepciones más fantásticas que el cerebro del hombre haya producido jamás.

Estamos concluyendo de preparar y repararemos con nuestro último número de Febrero actual,

Una preciosa novela

que se les entregará encuadernada á nuestros abonados.



Belleza Húngara.

Cuentos del porvenir

EL INTERES DEL DINERO

En la época en que el oro y la plata servían para los cambios y constituían el signo representativo de la riqueza, todo el mundo los necesitaba en mayor ó menor cantidad y quienes se hallaban desprovistos de estos preciosos metales, tendían procurárselos; y por el contrario los que habían acumulado abundantes sumas por no importa qué medios, no querían desprenderse de lo que llamaban su capital.

Al principio, los desheredados intentaron simplemente mejorar su posición suprimiendo á los ricos de modo que, invertido el orden de los factores, resultaran ellos ricos á su vez; pero los ricos se organizaron para defenderse y aumentar su riqueza. En fin, durante varios siglos, al lado del empleo de la violencia se estableció una costumbre de la cual podrían encontrarse todavía algunos vestigios en la época actual. He aquí en qué consistía:

El rico, en lugar de dejarse despojar, consentía en confiar al pobre una cierta cantidad de metal por un tiempo más ó menos largo, pero en cambio exigía que se le restituyese más de lo que había anticipado. Por ejemplo: por una suma de cien pesos, era necesario pagar al prestamista cada año una proporción determinada de esta suma. Este uso persistió aún después del empleo parcial del papel moneda, y se llamaba "el interés del dinero," porque los bárbaros agrupaban bajo esta denominación general de dinero, todo cuanto representaba la riqueza.

Hasta hubo gentes cuya única profesión consistía en prestar así gruesas cantidades á los que las necesitaban, y se les llamaba banqueros ó usureros. No ha sido posible establecer bien la distinción entre estos dos términos; y sorprende descubrir que, á lo que parece, los primeros estaban rodeados de una consideración extraordinaria, y los segundos eran vistos con el más profundo desprecio. Los doctos suponen haber averiguado que hubo una época en que los banqueros gobernaron el mundo, lo cual pasó cuando se hacían las primeras tentativas de la industria humana, para hacer funcionar esas máquinas groseras que se utilizaban entonces para hacer rodar vehículos fantásticos por vías ridículas que llamaban ferrocarriles y que imponían gastos formidables. Sirviendo los banqueros de intermediarios, fué como únicamente se pudieron reunir los fondos necesarios para estas empresas. Este fué un periodo en que se desarrollaron asombrosamente los instintos de discusión ociosa que caracterizaron por largo tiempo á los salvajes, quienes cuando empeza-

ron á tener escasas ocasiones de batirse á sablazos ó á cañonazos, la dieron por batirse con la pluma ó con la palabra. Los de unas mismas ideas formaban partidos ó escuelas.

Sobre la cuestión del interés, los réditos ó la renta que nos ocupa (y las tres palabras parecen haber sido equivalentes) hubo grandes disputas que prueban hasta qué punto tan inverosímil eran bárbaros los bárbaros. Dos escuelas sobre todo los volvían locos, una que se intitulaba *economista* y otra que se llamaba *socialista*. No se ha podido penetrar nunca el sentido preciso que les daban á estas palabras. Los economistas decían: "Todo está bien, la renta del dinero es legítima. Es justo que el que presta una parte de sus riquezas

toda su vida en no hacer nada, lo que no les impedía ver aumentarse sus rentas, estaban en aptitud bastante inadecuada para volverse laboriosos de un día para otro, bajo el imperio de la necesidad.

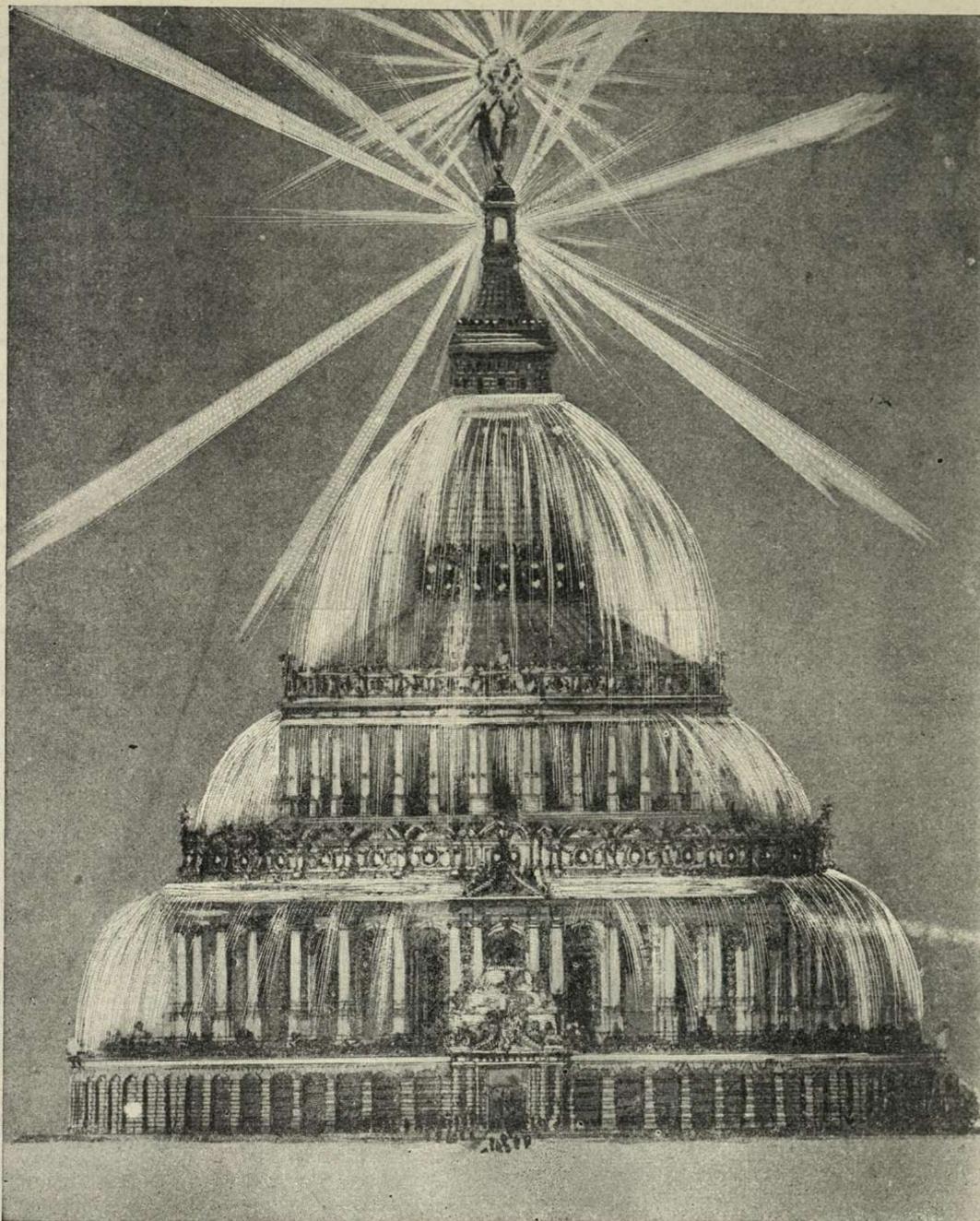
En segundo lugar, la gran mayoría de esta clase de ricos salvajes, había llegado á una enorme decadencia moral, hasta el extremo de vanagloriarse de su pereza. Ponerse á trabajar, habría sido no solo una fatiga cruel, sino una degradación. Este fenómeno, cosa increíble! se producía espontáneo una ó dos generaciones después de otra que había sido trabajadora. En ciertas familias los hijos ó los nietos de un hombre que hizo su fortuna á fuerza de laboriosidad dedicaban sus días á dormir ó á ocuparse de fri-

obtena una utilidad. Las reclamaciones elevadas contra una institución respetable, son obra de los facciosos y de los que aman el desorden." Los socialistas respondían: "Todo está mal; la renta es odiosa é injusta y gracias á ella los ricos se hacen más ricos sin trabajar, en tanto que los pobres se hacen más y más pobres con esta explotación: ¡abajo los ricos!"

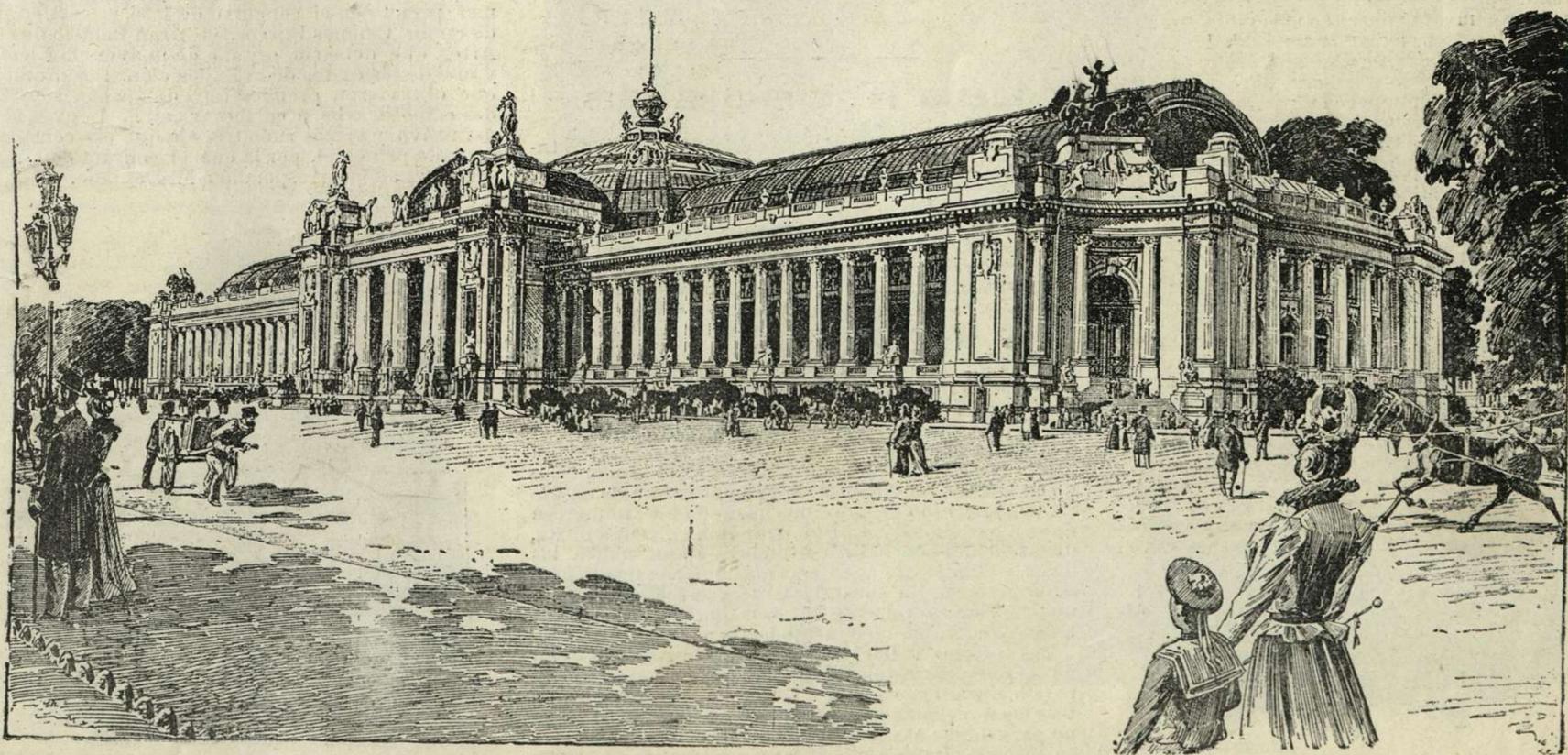
Y así siguió la cosa con algunas variantes, durante largo tiempo, y el resultado más visible que obtenían los economistas, era exasperar á los pobres; y el que obtenían los socialistas era inspirar un terror sin nombre á todos los que poseían algo, á pesar de que unos y otros marchaban en un sentido diametralmente opuesto al fin que se proponían.

Ahora, mientras así se persisten en discutir, lo cual consumía mucha tinta con que se emborrataba mucho papel, se iba produciendo día por día y por la fuerza natural de las cosas, una evolución de la que nadie veía el tamaño y que debía concluir por transformar el mundo.

La plata y el oro se habían hecho menos raros, el uso del papel moneda empezó á extenderse, y volviéndose mucho más intensa la circulación, la renta del dinero fué bajando poco á poco. Del diez por ciento, tipo medio en un principio, cayó á seis, luego á cinco, luego á cuatro, y siguió disminuyendo diariamente. Desde entonces, la clase de los privilegiados de la fortuna que había adquirido la dulce costumbre de vivir del producto de su dinero sin trabajar y aprovechándose del trabajo de los demás, fué resbalando suavemente por la pendiente en que había de dar la voltereta final y llegó la vez en que se vió como todos obligada al trabajo para el cual estaba mal preparada por múltiples razones. La primera y principal, era que la aptitud para el trabajo se pierde por la práctica de la ociosidad. Ya se trate de los músculos ó del cerebro, es indispensable tenerlos en constante ejercicio para que á cualquier hora puedan ser utilizados; y personas que habían ocupado



UN PALACIO ENCANTADO EN LA EXPOSICION DE PARIS DE 1900



FACHADA DEL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS.



GABINETE DE TRABAJO DE LA DIRECTORA.

volidades, y sus noches á recorrer los garitos y los lugares de perdición.

Generalmente el viejo salvaje, quedaba encantado y orgulloso viendo á su progenitura tomar tal dirección, y decía: «Cómo se divierten los picaruelos! A lo menos, no se verán obligados á trabajar como su padre, porque les dejo una buena fortuna».

Otra razón que ejerció una influencia considerable en la evolución humana de que se trata, fué la institución del matrimonio entre esa clase y en aquellos tiempos. No es fácil descubrirse eso ahora, porque los documentos más serios nos dan á ese respecto de talles tan cómicos y extraordinarios, que no puede uno atreverse á darles fe antes de hacer un prolijo estudio. Parece que particularmente en ciertas poblaciones de la Europa Occidental, los maridos eran vendidos á sus mujeres por una cierta cantidad de dinero que se llamaba «la dote». Esta compra era voluntaria á lo menos de parte del vendido, pues la compradora, es decir, la novia, no era consultada sino por mera fórmula: sus padres arreglaban generalmente el negocio, y la prevenían en seguida.

Naturalmente de aquí resultaban las más extrañas parejas, de las cuales salían los retoños más extraños. Este es un asunto bastante curioso, bajo ciertos aspectos bastante divertidos, del cual pienso ocuparme otra vez cuando esté bien provisto de documentos; por ahora, no hablo más que para demostrar por qué sucesión de causas se producía, en los tiempos prehistóricos, ese lamentable aniquilamiento de una clase que parecía todopoderosa, que tenía en sus manos el gobierno del mundo al mismo tiempo que la riqueza, y parecía desafiar todos los ataques.

Mientras con más encarnizamiento se la quiso destruir por medio de la violencia, más se consolidaba, y al último fué ella misma la que se encargó de su propia decadencia, y en verdad que logró su inconsciente propósito de un modo maravilloso.

En realidad, la quimera anticientífica de la igualdad de condiciones debía permanecer, como permanece y permanecerá siempre, en el dominio de los sueños; pero era posible, como lo vemos ahora, la igualdad en la justicia distributiva. Si hay ombres más ó menos ricos, lo mismo que los hay más ó menos bien constituidos; si la actividad, la inteligencia, el trabajo, y hasta la casualidad algunas veces, traen aún esas desigualdades de que ya nadie se queja, á lo menos no existen actualmente pobres en el sentido prehistórico de la palabra. No hay en la actualidad quien, si está sano y es trabajador, se vea expuesto ni tampoco su familia á carecer de lo necesario para la existencia, pero nadie piensa tampoco en sustraerse á la ley del trabajo que nos impone la naturaleza, y los más afortunados son los que trabajan más.

En cuanto á los incapacitados para trabajar, nuestras instituciones filantrópicas los ponen al abrigo de la necesidad; enfermos ó ancianos no tienen nunca

que preocuparse por la vida material. Y todo esto se hace naturalmente, y dejando correr el desarrollo simple de las cosas, y así es como hemos llegado á este estado en que, en definitiva, la vida es buena y dulce, y en que la humanidad toma de la naturaleza todo lo que la naturaleza le puede dar.

Es curioso observar que la disminución gradual del tipo del interés del dinero, hace ya bastantes siglos, vino á ser la causa primitiva de los beneficios relativos que gozamos ahora; y es más curioso todavía, notar cómo la agitación febril y enfermiza de nuestros antepasados prehistóricos, fué inútil y vana para la humanidad.

Por lo común, hicieron exactamente lo contrario de lo que querían hacer, provocando los progresos con sus resistencias ó retardándolos en su deseo de alcanzarlos demasiado pronto. Bueno ¿y ahora nosotros, los civilizados, estamos bien seguros de que no estamos haciendo enteramente lo mismo?



SECRETARÍA DE REDACCIÓN.

Las Frondistas

«La Fronda, periódico diario de política y literatura, está dirigido, administrado, redactado é impreso por mujeres»

Después de haber sido fijado este anuncio por todo París, aparece todos los días desde hace un mes á la cabeza de las columnas del periódico al cual sirve á la vez de definición y de programa. La Fronda no pretende ser y no es un periódico feminista. Por el contrario, á la declaración arriba citada, agrega estas palabras: «y ha sido creado para servir de órgano á la reivindicación de la mujer» Pero no reivindica más derecho que el de ser directoras, administradoras, redactoras, é impresoras de su periódico. Eso es todo su programa al cual no se le puede negar claridad. La Fronda es sencillamente un diario femenino.

Como la prensa no es un sacerdocio sino más bien una industria, las fundadoras de La Fronda han tenido suficiente perspicacia para comprender que un periódico femenino asegura una clientela más numerosa que un periódico feminista pues quien dice feminista, dice rebelión contra las costumbres y aun contra las leyes, y Francia no cuenta ya más que con una ínfima minoría de gente levantisca; pero posee en cambio una enorme cantidad de curiosos que, inteligentes ó bobos, son un buen elemento lector.

Las mujeres hacen las tres cuartas partes del éxito de las novelas y dejan á los hombres casi enteramente la lectura de periódicos. Esto debe ser porque mientras los novelistas han buscado y encontrado el camino para llegar al corazón y al cerebro del sexo hermoso, los periodistas ó no han hecho esfuerzos en el mismo sentido, ó no han obtenido sus esfuerzos favorable

resultado. Por lo general los periódicos, hablo de los políticos, fastidian á las mujeres.

Las redactoras de La Fronda han emprendido la tarea de interesarlas, presentándoles no tesis feministas, sino juicios exclusivamente femeninos, sobre los sucesos políticos, las cuestiones sociales, los acontecimientos callejeros, los dramas de amor ó de miseria, el estado financiero del mundo y el resultado de los espectáculos de sport.

La Fronda no ha hecho ruido, ni se ha dado bombo como todas las publicaciones nuevas para llamar la atención. Por el contrario, ha llegado sin vanaglorias á su número 37, comprendiendo seguramente que vale más una firme clientela de abonados que el provecho pasajero de los lectores de ocasión.

Sería indiscreto preguntar si ya abundan los suscriptores, pero no está fuera de camino profetizar para esta hora en un plazo más ó menos largo, un millón de abonados que significa por lo menos tres millones de lectores.

«La Fronda» ha instalado sus oficinas en París, calle de San Jorge; y un redactor de «La Ilustración» que las visitó quedó complacido de esta visita. Ante todo, hace notar que un periódico femenino se hace como cualquier otro, pero que en sus oficinas hay plantas y flores, perfume grato y gusto delicado para el mobiliario.

En cada piso de la casa, en la antecámara, están dos señoritas de servicio con traje sencillo y correcto.

En el primer piso hay un salón de espera amueblado al estilo inglés moderno y luego sigue el gabinete de la señora Margarita Durand, Directora de La Fronda. Muy rubia, muy seductora, con la mirada firme y la boca sonriente, la señora Durand no es una debutante en el periodismo. Tuvo redactores bajo su dirección, antes de tener redactoras. Casada con el Sr. Jorge Laguerre que era más orador que escritor, ella hizo la campaña en La Prensa que era el órgano del partido de Boulanger. Fracasada la aventura, y luego divorciada de su marido la señora Durand, tuvo á su cargo por largo tiempo el Suplemento Literario del Figaro:

Ella inventó un cuestionario que tuvo un gran éxito y que fué imitado ó reproducido por todos los periódicos del mundo.

Para redactar La Fronda se ocupa de hacer una cuidadosa selección entre las escritoras, y trabaja con afán todos los días desde las tres de la tarde que llega á sus oficinas, hasta las tres de la mañana.

En el segundo piso está la Sra. Fournier, Secretaria de redacción, encargada de distribuir el trabajo á los reporters, revisar los artículos, dirigir la formación y releer las segundas pruebas. La Sra. Fournier no había tenido nunca ocasión de ensayar este oficio ingrato y espinoso; pero seguramente nacida para él, lo desempeña con rara perfección.

En un pequeño departamento destinado para ella, la Sra. Severine redacta con su vehemencia infatigable el *entre filet* cotidiano. Al lado está el departamento de la Sra. Mendez, cronista teatral á quien sus émulos y envidiosos critican porque el otro día hizo cantar Orfeo en los infiernos á la Sra. Delna ¿Quién en el periodismo no ha caído alguna vez en un *lapsus* de esa clase?

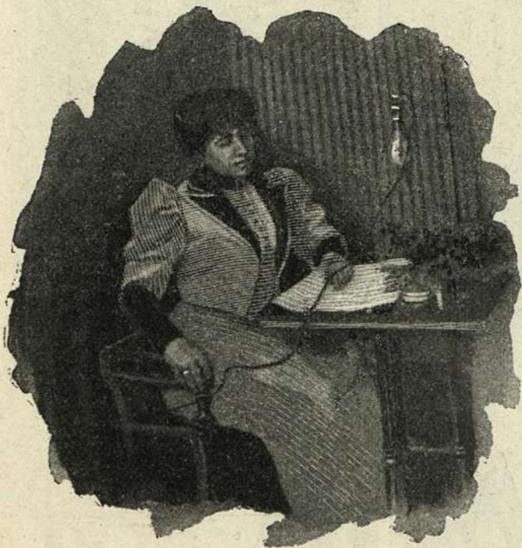
Más allá está la sala común de redacción para todas las secciones del diario, Parlamento, Tribunales, Sucesos varios, el Hogar, la Moda, etc. etc.

No estando la coquetería proscrita de La Fronda, cuentan las redactoras con un elegante y bien provisto gabinete de tocador, detalle de instalación que no carece de importancia. Los dedos manchados de tinta y las cabelleras hirsutas de las redacciones varoniles, no se ven nunca allí.

La redacción de La Fronda comprende otras muchas personalidades además de las que hemos citado, y que son cuanto de mejor hay en la literatura femenina francesa.

PALACIO DE BELLAS ARTES

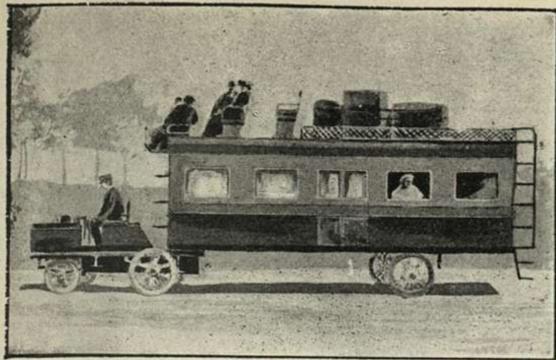
Bajo la dirección de M. Louvet, que obtuvo el primer premio en el concurso de 1896, se está edificando en los Campos Eliseos, el Gran Palacio de Bellas Artes, que debe ser orgullo de la avenida Nicolás II y uno de los éxitos de la Exposición. Los arquitectos que obtuvieron premios inmediatos han sido llamados como se sabe, á colaborar con M. Louvet, al plan definitivo, y el más rudo trabajo que era construir la fachada principal, por la cual el conjunto de la obra será juzgado, correspondió á M. Deglane.



MAD. SÉVERINE, EDITORIALISTA.



MAD. MENDEZ. CRONISTA TEATRAL.



EL CARRO AUTOMÓVIL.

Carruajes automóbiles

¿Quién de nosotros, viajando, no ha lamentado no poder llevar la casa á cuestras como la tortuga, pero con la condición de que la marcha fuera rápida? ¿Quién no ha renegado contra el cosmopolitismo y la promiscuidad del hotel, la falta de comodidades de la posada y la trivialidad de las hostelerías de todas clases? Reunir las dulzuras del hogar á las mociones del viaje, ¡qué sueño! Escapar á los guisotes de fonda y á las pulgas y á las sábanas descuidadas de alojamientos malos pero caros ¡qué felicidad!

Pues todo esto que hasta ayer era una fantasmagoría, va á convertirse tal vez en realidad gracias á los progresos del automovilismo. Después del triciclo de petróleo, el ómnibus eléctrico y el carruaje de vapor, los constructores han presentado el carro que camina solo, es decir, la casa transportable que cambiará de estación todas las tardes y que hará sus diez y seis kilómetros de camino por hora con lo que se alcanzarán jornadas tan convenientes como poco fatigosas.

Antes de describir el carro construido en los talleres de Mr. Jeanteaud y que representa nuestro grabado, conviene recordar, aunque sea suscitadamente, por qué fases ha venido pasando el *coche con piernas*, desde el pesado cilindro aplanador de caminos, hasta los ligeros vehículos de gran velocidad que cruzan hoy las calles.

Se sabe ya que la primer idea del carruaje de vapor se debe á un francés, Cugnot, que en tiempo de Luis XVI construyó una máquina capaz de llevar ocho ó diez mil libras y que caminaba una legua por hora. La Revolución impidió que se prosiguieran los ensayos, y la máquina fué á dormir eterno sueño en las galerías del conservatorio de Artes y Oficios, donde los curiosos la pueden todavía examinar.

Los ingleses construyeron en 1833 la primera diligencia de vapor que cruzó los caminos, pero era una máquina informe, sin belleza y sin velocidad. Un hombre á pie, llevando una bandera roja la precedía á unos cien metros de distancia, para avisar á los transeúntes que dejaran libre el paso, y el pesado armatoste no llegó á caminar ni cuatro kilómetros por hora. Naturalmente la tentativa abortó, y la diligencia desapareció de la escena entre la grito y las pullas populares.

Hasta 1870, y en Francia, se volvió á emprender seriamente el estudio del automovilismo que empezó desde luego á realizar progresos rápidos. En 1878, en la Exposición, se pudo ver ya un carruaje ligero, «La Mancelle» capaz de alcanzar una velocidad de 35 kilómetros por hora.

En 1879, se construyó un gran ómnibus de vapor para 40 pasajeros «La Mariana» cuyo peso era de 27,000 kilos y empleaba 74 horas en andar los 700 kilómetros que hay de Aix á Mans.

Luego vienen los motores de M. M. de Dion y Bouton que demuestran un gran adelanto en el automovilismo. El peso de estos carruajes no excede de 400 kilos.

En la actualidad tres sistemas, vapor, electricidad y petróleo están en competencia y verificando pruebas serias de la mayor importancia.

En el Concurso París-Rouen, organizado en 1894 por M. Pierre Giffard, el petróleo triunfó por el conjunto de sus ventajas, pero fué vencido por el vapor en lo relativo á velocidad. Entonces obtuvieron su primer gran éxito los Sres. Dion y Bouton que llegaron los primeros á la meta con un motor que remolcaba una carretela.

Al año siguiente, en una segunda prueba organizada por un Comité á cuya cabeza estaban M. Dion y el barón Zuylen, la revancha del petróleo fué completa. El camino que se debía recorrer esta vez, era para asustar á los más resueltos: 1,200 kilómetros era el trayecto señalado y debían andarse sin descanso alguno, de una sola tirada. Esta carrera de París á Burdeos regresando á París, fué el verdadero punto de partida de un movimiento universal que determina el éxito definitivo de los carruajes automóbiles.

El resultado llenó de admiración y de asombro á los mismos que tenían mayor fé, pero que no llegaban á pensar que en trayecto tan largo pudiera llegar á sostenerse una velocidad superior á 12 kilómetros por hora.

Pues bien, el carruaje que llegó primero, hizo el viaje en 49 horas. El que lo guiaba Mr. Levassor tuvo la energía suficiente para sostener la barra de dirección dos días y dos noches, sin descansar, sin dormir y sin perder la presencia de ánimo.

Los carruajes movidos por vapor se quedaron en el camino á consecuencia de diversos accidentes. Solo el de Mr. Bollée, «La Nouvelle» volvió á París en 90 horas después de haber perdido un día en reparar averías. El triunfo del motor de petróleo era indiscutible.

Se notará que en estas competencias no se han to-

mado en cuenta los motores eléctricos, que fueron derrotados desde un principio por las dificultades que hay para renovar la provisión de electricidad. En este concurso de París-Burdeos el sindicato de la ciencia eléctrica hizo un esfuerzo increíble. Un *break* fue enviado por él y realizó la primera mitad del viaje llegando sin averías á Burdeos en 40 horas; pero tuvo que volver en Ferrocarril, porque solo el trayecto de ida había costado la modesta suma de siete mil pesos. Se necesitó en efecto fletar un tren especial que costó dos mil pesos, para sembrar de acumuladores cargados toda la extensión del camino y luego movilizar una escuadra de cuarenta electricistas que velaran al lado de esos depósitos. Las baterías, en número de veinte y con un peso de 800 kilos cada una, habían costado cuatro mil pesos y quedaron sin aplicación después del ensayo.

El Sindicato supo perder y pagar régimamente, pero ya se comprenderá que no ha caído en tentaciones de repetir esta heroica fantasía.

El primer carruaje eléctrico que ha rodado recorriendo una distancia de 30 kilómetros sin renovar el fluido, data de 1881. Hasta que se construyó, se pretendía que un vehículo eléctrico no podría hacer otra cosa que dar vueltas en derredor de la fábrica en que hubiera sido establecido.

Desde hace quince años ese carruaje ha servido una docena de veces, y es seguro que se han ensayado en él los progresos de los diversos acumuladores conforme se han ido alcanzando.

El coche de vapor Serpollet, modelo de 1890, casi no ha sido mejorado después; apenas se puede apuntar una tentativa de embellecimiento en la forma, para hacerle la proua más apropiada á su destino.

En cuanto á los triunfadores, los carruajes de petróleo, conviene citar el Faeton de dos asientos que ganó la carrera en un trayecto de 40 kilómetros y con un gasto de un centavo por cada kilómetro. Este Faeton regresó en tan buen estado, que habría podido seguir viaje en cualquier dirección. Su construcción costó mil seis cientos pesos. Hay en la actualidad unos tres cientos del mismo modelo que circulan en las ca-

lles de París, de provincias y del resto de Europa. Este modelo parte el favor público con la Duquesita, tipo adoptado por Mr. Jeanteaud para las excursiones al campo. «La Duquesita» tiene cuatro asientos y también cortinas móviles que permiten á los viajeros abrigarse del sol y de la lluvia.

Mencionaremos también el *coupe* del barón de Zuylen tal como quedó arreglado para la última fiesta de las flores en París, y que constituye la última expresión de la elegancia y del lujo en materia de automovilismo.

Pero la palma del *confort* se la lleva indudablemente el carro y puede uno convencerse de ello desde que ha subido las gradas de la escalerilla que da acceso á la puerta practicada en uno de los flancos del vehículo.

Se encuentra entonces un corredor que da vuelta al carro en toda su extensión de siete metros setenta centímetros, y da acceso á dos cámaras divididas por un tabique que se puede suprimir de día para formar un solo salón; á un gabinete de aseo que tiene duchas y baños tibios; á una cocina colocada en la parte trasera donde dos camitas que pueden guardarse, sirven de lecho al cocinero y al maquinista.

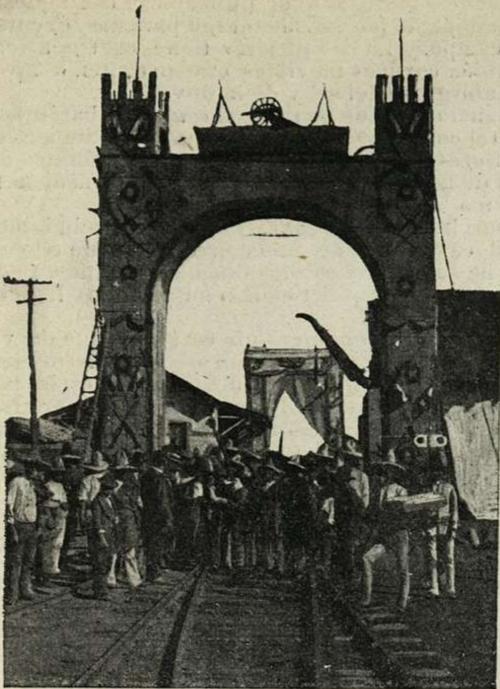
Todo amueblado con suntuosidad y las piezas provistas de ventanas con cristales que permiten gozar de las bellezas del paisaje.

La imperial del carro sirve para el transporte de equipajes, y está provista de dos bancas en que se pueden sentar cómodamente doce personas. Bajo la caja van las provisiones de boca sólidas y líquidas.

El conjunto es soberbio, pero se le pueden presentar algunas objeciones: de pronto el ancho del coche mayor de los dos metros y medio que están permitidos, y su peso de más de siete mil kilogramos. Semejante mastodonte no puede circular sino en los grandes caminos, y suponiendo que se atasque, se necesitará una grúa de vapor para sacarlo del lance. En fin su precio, seis mil pesos, no lo pone al alcance de todas las fortunas: en vez de gastar eso, vale más dejarse crucificar por los posaderos.



JUEGO DEL «POLO» EN UN CLUB DE BAÑOS INGLÉS.

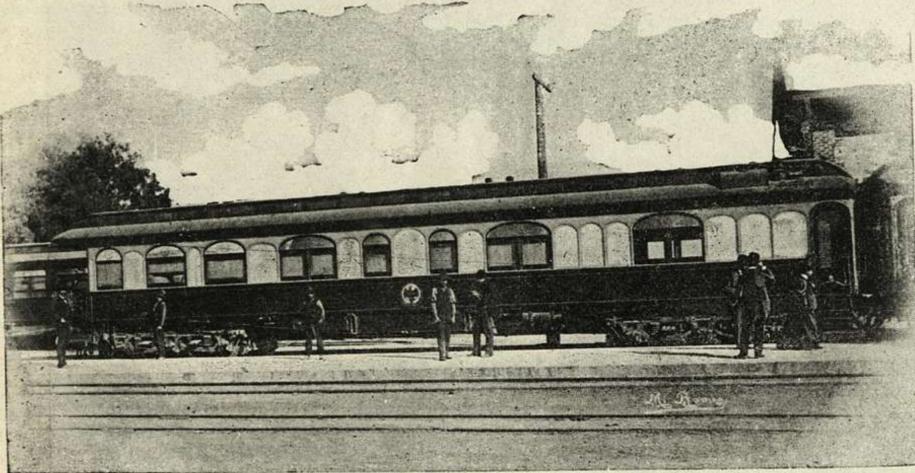


ARCOS TRIUNFALES EN LA ESTACIÓN DE LEÓN

EL "POLO" EN EL AGUA

Uno de los más famosos clubs atléticos ingleses, el Club de Baños, reunió en una de las primeras noches del mes de Enero último y en el "Palacio Popular," a numerosas damas de la buena sociedad Londonense. En torno del enorme estanque se levantaron tribunas lujosamente engalanadas que en pocos minutos se vieron completamente llenas, pues las invitaciones que se repartieron no solamente fueron aceptadas sino que se disputaban á última hora, haciéndose difícil atender tantas recomendaciones y obsequiar tantas solicitudes.

El local estaba alumbrado con luz eléctrica; y á pesar del invierno, adornado con profusión de flores importadas en su mayor parte del extranjero.

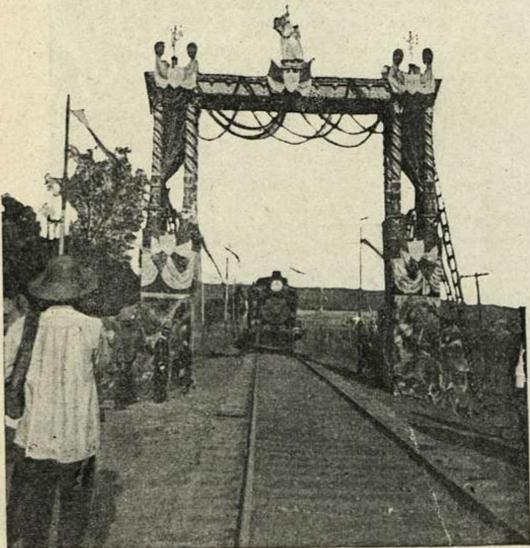


CARRO-PALACIO DEL PRESIDENTE DIAZ

Una numerosísima orquesta tocaba sin descanso esas piezas de ritmo acentuado y melancólico que encantan siempre á los súbditos de Su Graciosa Majestad.

A la hora convenida los contendientes se presentaron elegantemente cubiertos por sus ligerísimos trajes y se arrojaron al agua entre los aplausos y las hurras de la concurrencia.

Entonces empezó el *match* de "Polo," ese juego tan divertido, tan animado, tan lleno de incidentes y aun de peligros, pues pocos escapan sin tragar más agua de la que sin molestia puede pasar de garganta para adentro.



ARCO TRIUNFAL EN QUERÉTARO.

Pero todo entra en la diversión cuando no hay resultados trágicos, y en aquella noche no los hubo por fortuna. Dos horas después de principiado el juego, ya estaban los jugadores en el Salón del Ambigú comiendo sandwiches como montañas y bebiendo vasos de cerveza como mares.

Agradable fin y término de una diversión que tiene tanto prestigio en las islas británicas.

Recuerdos del viaje del Sr. Presidente

Hemos hablado ya de la mayor parte de las manifestaciones de afecto y respeto que recibió el Sr. Gral. Díaz en su último paseo triunfal por varios Estados de la República, y también hemos publicado copias de fotografías tomadas durante la expedición.

Ahora verán nuestros lectores una reproducción del Carro-Palacio en que viajaron el señor Presidente y su respetable familia. un grabado que representa los arcos levantados en la ciudad de León para que bajo ellos pasara el tren presidencial y otro copia del arco erigido cerca de la estación del ferrocarril en Querétaro.

No hay duda de que en todos los puntos del tránsito los honores tributados al Primer Magistrado de la Nación, fueron dignos de tan elevada personalidad.

Respecto de León se comunicaron á la prensa de esta capital los siguientes detalles:

En la estación había reunidas como cinco mil personas; el 9º Regimiento se extendía en correcta formación para hacer los honores militares y un gran número de charros á caballo daban vistosa animación al grupo.

La estación estaba adornada con elegante sencillez; ostentábanse hermosos arcos triunfales, de los cuales el más notable era el que se alzaba á ocho metros de altura hacia el costado Norte, rematado por dos torres almenadas y en el centro un trofeo de cañones y fusiles. Por encima de este arco ostentábase también el retrato del General Díaz.

Hacia el costado Sur se alzaba otro arco más sencillo, adornado con cortinajes transparentes de gasa azul salpicada de estrellas de oro. En las columnas se veían inscripciones con fechas memorables en la historia militar del General Díaz.

Frente á las oficinas del ferrocarril á la derecha de la vía, se levantaba, sobre un basamento de dos cuerpos, una columna rematada por lujoso cuadro con el retrato del Presidente. En grandes caracteres dorados leíase la siguiente inscripción: «No he tenido Soberano y seré siempre enemigo de los de mi patria.»

LOS LIBROS

Los libros para mí, como para todos los niños, no tuvieron durante algunos años, más significación de la que les daban sus estampas y grabados. El color ó la línea reemplazando al relieve imitan la vida. Cuando me agradaba una imagen volvía yo vivamente la página para buscar del otro lado el interior de las casas cuya fachada había visto, el fin de la avenida que se escondía bajo los árboles ó el perfil de las caras sacrificado á la perspectiva, pero pronto comprendí que todo eso no era sino una apariencia con la que debía uno contentarse; y aunque esto fué una decepción, los libros conservaron para mí el atractivo mágico y misterioso de reveladores de lo desconocido que siguen teniendo hasta ahora.

En mi casa había muchos. Sin contar los de los estantes colmados que recargaban contra el vidrio sus adornos dorados y sus títulos diversos, los había por todas partes en los muebles, prestos para ser hojeados al capricho del pensamiento ó de la ociosidad, y los departamentos de la casa parecían más llenos, más animados de vida, porque el libro entreabierto parece derramar su espíritu en torno suyo. Hay nombres que conocí mucho antes de saber leer. Lamartine, Jorge Sand, Victor Hugo; y á mis ojos esos nombres no representaban seres sino mundos desconocidos, lo mismo que el título de un libro me causó largo tiempo la impresión de esas líneas ideales que representan montañas, ríos y oceanos en las cartas geográficas.

Desde que supe leer ningún juguete me pareció más interesante que un libro y mi dicha era abrirlo, sentir la sorpresa de sus páginas, sin que me inquietara gran cosa su contenido, pues todo me divertía igualmente. Es supérfluo comenzar por dar á los niños cuentos de hadas. Los primeros libros que tuve en las manos en mi fervor de aplicación, fueron la historia Sagrada, los cuentos Perrault y los de Schmid todos igualmente encuadernados con lujo, poblados de seres fantásticos y de aventuras maravillosas tales,



que estaba yo deslumbrada por el milagro de saber leer, y mi excitación aumentaba aquella apariencia sobrenatural, dejando entrelas frases intervalos de ensueños. Son de esas lecturas balbucientes las palabras que no olvido nunca; y se diría que el misterio en que estaban envueltas las encareció muy en el fondo de mi memoria, como en una crisálida impenetrable y frágil que solo debe romperse á su hora por el ala vibrante y abierta de la idea despertada al fin.

Los libros de versos me parecían llenos de aire y luz, con las líneas cortas rodeadas de espacios blancos que son como una atmósfera musical formada por el ritmo. Allí encontraba yo espacio para el pensamiento, pues la anchura de los márgenes alivia á los lectores la inteligencia. Realmente, eso me ayudaba á comprender, en tanto que la prosa compacta, me ha parecido siempre difícil de leer de un golpe de vista.

La forma tipográfica presenta de pronto una fisionomía más tentadora, más interesante que el asunto mismo. Es la primera impresión de una cara; luego se verá su sonrisa, ó su tristeza, ó sus complicaciones, ó sus simpatías. De la primera hojeada se alcanza lo inaccesible; esta primera impresión demasiado fina cae ó se levanta según la que luego causan las frases.

En invierno cerca de los estantes bajo el círculo estrecho de la lámpara, en estio en un banco del jardín rodeada de zumbidos de insectos y de rumores líeros de la naturaleza tranquila, he vuelto á leer muchas veces mis libros de niña. La dicha me ha durado mucho tiempo aumentada por detalles inesperados, por sorpresas y por

el encanto de una completa comprensión. Si eran ó no interesantes y de valía no lo sé, porque á los hambrientos en su precipitación todo les parece bueno. Solamente me acuerdo de mi gran emoción al abrir cada libro, de esa opresión singular que dejan las páginas hojeadas, como si se llevaran consigo una parte de las ideas y los sentimientos expresados allí. Y luego se siente uno feliz de haberlos fijado, interpretado, á la luz del talento del autor y con la exactitud de los caracteres de imprenta.

MAD.
ALPHONSO
DAUDET.

¡Qué caro paga el alma el alquiler de su vivienda!

JOUNG.



**LA REINA REGENTE DE ESPAÑA
Y SUS HIJAS.**

Dos Flores Reales

Han pasado ya muchos años desde que Mercedes, la hija del duque de Montpensier, envuelto el cuerpo gracil en la sedena mantilla española, juguetones y titiladores aquellos ojos que enloquecieron á un pueblo, al transponer el soberbio dintel de la catedral de Sevilla, era aclamada por los estudiantes que tendían á sus pies como allombra, las luengas capas de paño con vueltas de seda, (alta y noble galantería esa) y atronaban el espacio con un olé! jubiloso.

Han pasado ya muchos años desde que Mercedes, en las fiestas sevillanas, bailaba una soleá, contoneando su busto real al compás quejumbroso de las guitarras.

La joven duquesa, soberana después de las Españas, adorada por un pueblo heroico, llevada en triunfo por todos los cariños, teniendo por escabel los hombros de todos los grandes, se fué para siempre muda y pálida, sin dejar, alba flor infecunda, un heredero que ciñese después de Alfonso la vieja corona de Castilla!

Mercedes tuvo hasta esa aristocracia suprema de la esterilidad; y al partir para lo desconocido, dejaba viudo á un rey enfermo, cuya juventud doliente parecía que muy en breve volaría tras ella.

En efecto, Alfonso no sobrevivió mucho á su prima, á aquella reinicita que amó tanto y por solo amor elevó á su trono.

Más España no debía quedar huérfana y Alfonso buscó una esposa en la casa de Austria. Esa reina fué Cristina, quien, fecunda, dió á su señor tres hijos dos mujeres y un niño, póstumo y deseado, Alfonso XIII. Cuando éste nació, el rey había muerto. La Providencia habíale permitido solo dar fruto, un fruto viril asegurando así el porvenir de España y le arrebató luego de su trono.

A Mercedes cúpole en suerte una efímera vida de esplendores y de triunfos; pasó como pasa la subyugadora melodía de una *Diana*.

A Cristina le tocaba una larga y lenta vida de sacrificio. Ella la aceptó y desde entonces ha sido la mujer fuerte de que hablan los Libros, el custodio simpático, fiel y discreto de un niño rey. Envuelta en sus tocas de viuda ha pasado severa y triste por la existencia sin más objetivo que la educación sólida de sus hijos, como una de aquellas santas reinas de las leyendas doradas, y esto en la época en que es tan difícil sustraerse á la influencia de un medio ambiente pródigo en alegrías. Cristina no es de la época en que *los reyes se divierten*; no ha tocado con sus plantas los lodazales de las fáciles concupiscencias de los próceres; su vida limpia y severa encauzada en el deber, ha sido un espejo para todos los que hayan formado del deber una religión y un amor.

Ella ha sabido vivir la vida de un país que no era el suyo, pero que envolvió luego en sus ternuras porque era la patria de su marido y de sus hijos; ha sabido preocuparse por los negocios áridos del Estado y en este para la Nación, tremendo momento histórico, en que todo parece hundirse y todo quebrantarse; en que las revueltas coloniales, absorben como un maelstrom siniestro vidas, españolas y la guerra civil asoma en el corazón mismo del país, el pueblo ibero ha visto, serena, gravemente serena, melancólicamente serena á su reina, sobre la pobre barca combatida, con la una mano posada en la testa adolescente de su hijo y la otra levantada al cielo como bandera de dolor y de esperanza!

**

La vida de la familia real de España es una vida de labor, de silencio y de paz.

Una estimable dama del «Sagrado Corazón» que residió en Madrid y á quien la augusta María Cristina distinguió con su afecto, me refiere que las princesas Doña María de las Mercedes y Doña María Teresa se educaban de la suerte que se educaría una española humilde, por lo que ve á la total ausencia de boato.

—No poseen ni un espejo, decía sonriendo María Cristina á la estimable dama citada—¿para que lo necesitan si su aya las arregla muy bien?

Rígida al propio tiempo que cariñosa, la Reina Regente jamás ha escatimado á esas niñas el trabajo, sonando acaso con que sean mañana semejantes á las Isabeles de Hungría y á las Isabeles de Castilla; y puedan preciarse como la última, de que sus maridos no se han puesto jamás una camisa que no fuese hilada por ellas.

Ambas son agraciadas y María Teresa no solo agraciada, sino hermosa. ¿Que príncipes vendrán á llevarlas entre festivo cortejo á su tálamo?

No se sabe aun.

Años ha, cuando aún no venía al mundo Alfonso XIII y la infanta María de las Mercedes era la presunta heredera del trono, no faltó quien pensase en dar una solución á este eterno problema carlista, uniendo en matrimonio á la princesa de Asturias con Don Jaime de Borbón; más el nacimiento del sucesor varón hizo nulo todo arreglo en este sentido y en la actualidad, María de las Mercedes que cuenta deciseiete años y María Teresa que cuenta quince, han sido de-



INFANTA MARÍA DE LAS MERCEDES



INFANTA MARÍA TERESA

signadas por la voz popular futuras ya del hermano de Nicolás II la una y de uno de los duques reales de Inglaterra la otra, ya de príncipes alemanes ó bien de altos señores austriacos; más hasta hoy nada hay oficialmente decidido con gran satisfacción de su augusta madre, dichosa sin duda en conservar cerca de sí á esas dos flores modestas pero de valor eximio que serán muy pronto acaso firme apoyo moral del monarca, significando para él, así la ternura que alienta como el prudente consejo que guía.

**

Más, si de María Teresa y de María de las Mercedes nada puede horoscoparse aun con relación al príncipe que á cada una deba llevar á los altares, si se conoce ya la real decisión respecto de Alfonso. A este se le ha destinado para esposa la princesa Isabel, hija del difunto príncipe Leopoldo de Hapsburgo, primo de María Cristina, y educada al amparo del Rey Francisco José de Austria.

Alfonso cuenta en la actualidad doce años y quince su prometida.

Matrimonios de Reyes en que para nada se consulta el corazón, acertadamente acaso! Nunca ha sido el amor base firme del porvenir.

Su condición es efímera y en algo más firme debe sustentarse el mañana de un tálamo en que se torjan las realcezas.

RIP-RIP.

PAISAJES NUEVOS

Los espíritus superficiales afirman que los fenómenos exteriores se repiten sin variantes que alteren la monotonía y el cansancio de la vida. ¿Es verdad esto? ¿Es cierto que la naturaleza nos presenta con singular obstinación el mismo espectáculo y los mismos panoramas? ¿Es cierto, en fin, que la existencia se agota en sensaciones y emociones que estarían destinadas á reproducirse sin novedad ni atractivo para el hombre exigente con insaciable curiosidad?

No pues; la naturaleza es variada y rica para el espíritu que sabe comprenderla y admirarla. Sus cuadros presentan á todas horas infinita diversidad de formas, de matices, de colores. Partiendo de armonías iniciales, los mismos elementos se conciertan en una perpetua y distinta combinación.

Es defecto de la inteligencia poco cultivada y poco comprensiva restringir las bellezas del universo. Por eso se ha dicho que es pequeño el sujeto que todo lo encuentre defectuoso y malo, desde que todo lo defectuoso y malo es manifestación de pequeñez en algún sentido.

Así como el poseedor de miserable capital se reduce á un mínimo de goces, destinados á reproducirse continuamente con lamentable insuficiencia, así también el pobre de pensamiento y de corazón, se aletarga dentro de la reducida órbita en que lo circunscribe su poca capacidad intelectual y moral.

Al reino interior escaso de ideas, de comprensión y de voluntad, corresponde un medio exterior vacío de objetos de contemplación y de meditación huérfano de motivos impulsadores al movimiento y al trabajo.

Como lo dice Guyau «no hay dos auroras iguales. » Los cuentos de hadas nos hablan de libros maravillosos que podían siempre hojearse sin cansancio, » pues cada una de sus imágenes desaparecía y se renovaba bajo la mano que volvía sus páginas. El universo es un libro de esta especie, tan variable á la mirada, que cuando se quiere volver á la página contemplada ella ha cambiado ya; nosotros también cambiamos, y para aquel que sabe profundizar sus sensaciones y su pensamiento, cada una de las visiones del mundo posee siempre la frescura de la juventud.

Esto es, en realidad, lo que sucede para el hombre

que discurre con cuidado ante las fuerzas que todo lo agitan en torno suyo. La sencillez é ingenuidad de la ignorancia halla que todo es homogéneo, que nada cambia en el mundo de las cosas y de los seres. La distracción tan común en ciertos sujetos que no les permite divisar sino aquello que solicita su instinto y no les deja percibir más que el sonido de la única cuerda capaz de hacer vibrar su oído rudimentario, encierra la causa secreta de la identidad del amplio escenario en que se desarrollan tantos paisajes luminosos y donde resuenan tantas músicas distintas y encantadoras á la vez.

Es necesario mirar para ver, hay que prestar el oído á ese rumor que encierra todas las armonías para distinguirlas y gozar con ellas.

La naturaleza es una inmensa tela de estudio, un campo incommensurable de observación y de experiencia.

Los hombres tan distintos unos de otros, los panoramas tan diversos entre sí, las ciencias y el arte con sus principios y con sus teorías, ofrecen aspectos siempre nuevos y por tanto siempre dignos de solicitar la atención del sujeto capaz de interesarse por las cosas que se mueven á su alrededor.

Explíquese, entonces, por la propia limitación interior esa identidad del mundo de que lo

acusan los espíritus frívolos, que al mantenerse tenazmente en el mismo punto de vista, perciben en obligada consecuencia una sola perspectiva.

El universo varía eternamente y presenta de continuo paisajes bellos é interesantes. En él también, como en esos maravillosos libros de que nos hablan los cuentos de hadas, se suceden sin interrupción los más prodigiosos cuadros ante la mirada que sabe contemplar, ante la inteligencia que sabe comprender, ante el corazón que sabe amar todo lo digno de contemplarse, de comprenderse y de amarse en la vida.

CARLOS BAIREs.

A MI MADRE

Los dolientes gemidos que brotan de mi harpa, en alas de los vientos, madre mía, hasta tu oído, moribundos vayan, hasta el hogar bendito donde alegre se deslizó mi infancia. Suspiros de mi pecho, mensajeros de mi alma, te lleven de mi amor la casta ofrenda desde el confin de la arenosa playa en que al rigor de la contraria suerte paso mi vida derramando lágrimas!

**

¡Quién me diera mirar siempre á tu lado los bosques de esmeralda que fecundizan al pasar fugaces las ondas murmurantes del Grijalva! ¡Cómo pudieran contemplar mis ojos junto á la márgen las esbeltas palmas, balanceando sus verdes abanicos al beso fugitivo de las auras! Y el arroyuelo manso que entre la oscura grama resbala sus cristales, cual leve cinta de luciente plata!

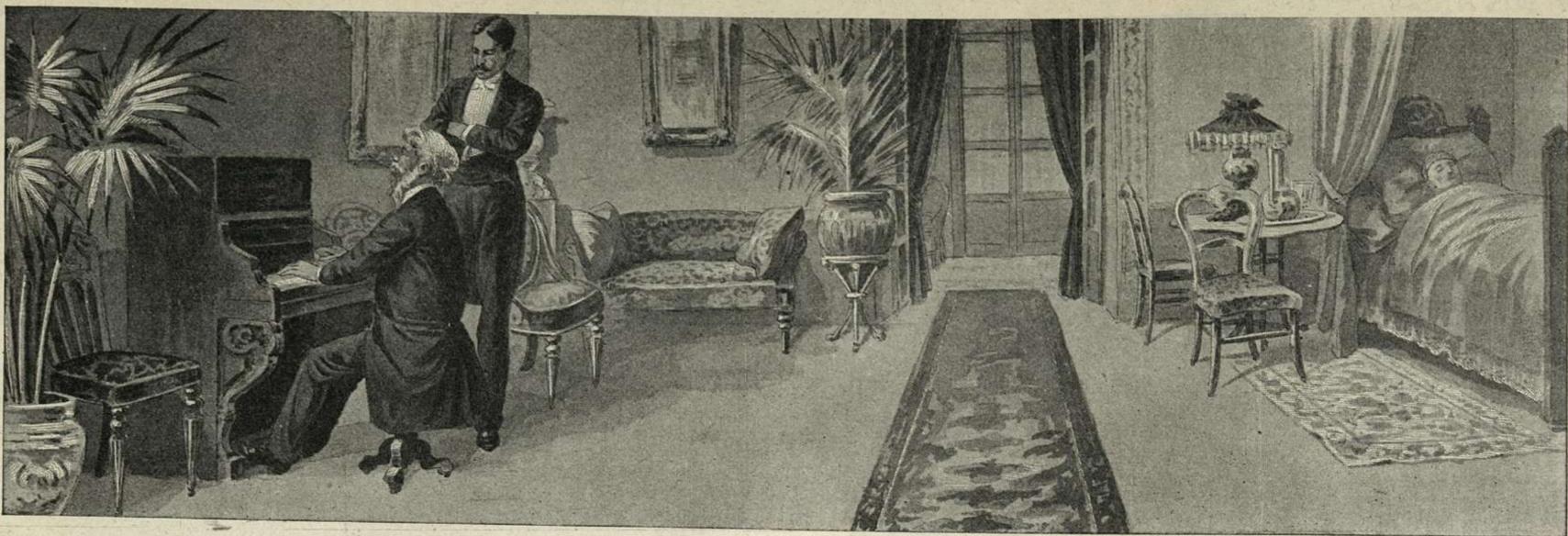
**

Ab! Cuántas veces al soñar contigo por el afán vencida la distancia, siento en mi rostro tus amantes labios y el casto resplandor de tus miradas! y cuántas, á la luz de las estrellas, en la noche callada, vago por mi heredad: veo sus valles, sus lagos con sus juncos y sus garzas, sus ríos opulentos y mi casita blanca. Y al poder del engaño, en tropel se levantan del santuario feliz de mi memoria los dormidos recuerdos de mi infancia, de aquella edad risueña que raudó el tiempo se llevó en sus alas; y siento tus caricias y escucho tus palabras, como en aquellos días venturosos en que al pié de la cuna me arrullabas....

**

Más se rompe el encanto, palpo de nuevo la verdad ingrata, y las lágrimas vuelven á mis ojos y el rebelde sollozo á mi garganta, ¡Y envuelta en mis gemidos, Oh madre de mi amor, te mando el alma!

ANDRÉS CALCÁNEO Y DÍAZ.



CUENTOS BURGUESES

EL HARMONIO

Cuando fui estudiante en Alemania, hube de vivir, como todos los compañeros, en uno de esos quintos pisos que no se llaman buhardillas sólo por no herir el decoro de sus habitantes, que son en su mayoría empleados subalternos del gobierno imperial ó alumnos universitarios. Esos quintos pisos ya no forman viviendas, sino cuartos aislados que por mes valen generalmente quince marcos y cincuenta pfennigs. Por ese precio podría alquilarse ciertamente una pequeña habitación en las afueras de la ciudad; pero sitio era ese que no podía convenir en ningún caso á un estudiante como yo, debidamente matriculado en varios cursos académicos, socio activo de la "Arminia," y poseedor de pichel propio con su pipa correspondiente en la cervecería del "Aguila Negra." A trueque, pues, de morir asfixiado cualquier día por la exigua amplitud de mi cuarto, vivía yo en calle principal y bien tenida, en el sentir de la juventud académica, y llamada Augustenstrasse, en honra y gloria de la emperatriz Augusta (q. e. p. d.) graciosa consorte del viejo Guillermo I (q. e. p. d. igualmente.)

Y pertenecía mi cuarto á un caserón de aspecto palaciego, construido en piedra gris y propiedad de un viejo veterano, el Barón de Steinhafen, general con mando en la plaza, que habitaba el piso principal.

Lo que en esa casa constituía mi suplicio y mi obsesión era la escalera. Y qué escalera, Dios mío! Era de caracol, pero tan tortuosa y tan traidora, que no la alcanzaban ni los razonamientos del maestro Hertzog, nuestro profesor de filosofía. Por supuesto que los honorables habitantes del quinto piso habíamos de usar, según contrato, la segunda escalera, en otros términos y más claros, la de servicio, y ésta es á la que me refiero comparándola favorablemente con las cerebraciones filosóficas de nuestro digno Herr Hertzog. En cuanto á la otra, la que servía hasta para el cuarto piso, no había más que pedir: amplia y cómoda, estaba alfombrada para el primero y el segundo piso y seguía hasta el cuarto encerada y brillante como pechera de camisa.

Pero para escalar la nuestra había menester, por lo menos, de haber asistido á un curso semestral de equilibrio práctico, sopena de romperse las espinillas. ¡Cuántas veces estubo á punto de sucederme á mí, sobre todo si regresaba de la cervecería del «Aguila Negra.»

En aquella escalera puesta allí para castigo de mis pecados, trabé conocimiento con el anciano semita Moritz Nathanson; un conocimiento superficial y somero ocasionado por haber tropezado ambos en la escalera, en cierta noche obscura. Moritz vivía en buhardillas, es decir arriba de mí, y subía la escalera con la lentitud propia de su avanzada edad; y yo, que la subía asimismo pero de prisa, hube de alcanzarle y tropezarle, con grave riesgo de nuestras vidas.

Encendí luz y vi la escualida silueta del judío que se incorporaba, y sobre su lengua y blanca barba vi un hilo rojo que le brotaba de la nariz. Pero no me hizo recriminaciones y á mis excusas multiplicadas, sólo contestome:

—Si no ha sido nada, mi joven señor, no ha sido nada!

Y si era algo, porque yo, que no caí como él ni me hice sangre, quedé maltrecho y hube de acostarme luego y de renunciar á mi habitual refresco con los camaradas.

Mas consóleme, porque de allí á poco surgió, turbando la calma de la noche, una dulce é inefable melodía de armonio; algo así como una plegaria angelical y casta, cuyas lejanas vibraciones parecían venir de muy lejos, para arrullar suavemente el proverbial sueño de los justos.

Era la joven esposa del viejo general Barón von Steinhafen, que confiaba al armonio sus tristes expansiones de lirio sujeto á un casco.....

En la casa aquella todos odiaban al viejo semita Moritz Nathanson y á no ser por la religiosa exactitud con que pagaba sus términos de alquiler, se le hubiera arrojado á la calle de mil amores.

Desde la voluminosa portera hasta el Señor mayor-

domo y *maitre d'hôtel* de Su Excelencia, todos le miraban con desdén profundo y hacían variados comentarios sobre sus costumbres y modos de vivir, que conceptuaban delictuosos.

Y en verdad que yo mismo abrigaba gran curiosidad por saber de qué vivía aquel viejo, tanto más, cuanto que desde que salía en la mañana con su muchacho no regresaba á su buhardilla hasta ya entrada la noche, igualmente acompañado de su hijo.

Porque tenía un muchacho que decía ser su hijo; un hombrecillo de diez años, raquítico, escrofuloso, moreno y narigudo, á fuer de legítimo israelita.

Naturalmente, los señores de plumero, escoba y servilleta que estaban al servicio del General del primer piso y del Juez Civil del segundo, creían firmemente y aún pretendían saberlo de buena fuente, que aquel muchacho no era hijo del judío y que sólo le tenía consigo para sacrificarlo en un momento dado, cuando sus odiosos ritos exigiesen el corazón palpitante de un doncel.

Además había otra circunstancia que le hacía todavía más sospechoso: frecuentemente entraba ó salía llevando debajo del brazo ó á cuestras, voluminosos bultos de estrambóticas formas envueltos en paños negros; otras veces eran libros, gruesos y menudos volúmenes, encuadrados en pergamino y algún en la lengua hebrea, hacia mis delicias con sus místicas melodías, á las que yo daba hondas interpretaciones psicológicas.

Habían indagado luego que esos eran apodos de dos célebres alquimistas ya difuntos.

¡Alquimia en pleno siglo XIX! ¡Decidme, pues, si el viejo semita Moritz Nathanson no había de parecer sospechoso!

... En la alegre noche de Navidad, el clásico *Weihnachten* germano, el General Baron von Steinhafen invitó á cena y á árbol á todos los habitantes de su casa. Menos al judío, naturalmente.

Cuando yo recibí su invitación me sentí lleno de gozo, pues iba á ver de cerca y á hablar con la delicada tocadora de armonio que noche á noche, y desde aquella vez, hacia mis delicias con sus místicas melodías, á las que yo daba hondas interpretaciones psicológicas.

La cena estuvo espléndida, nos sentamos á la mesa más de cincuenta personas, todas habitantes de la casa, desde el *rez de chaussée* hasta el quinto piso. También la servidumbre y los humildes obreros de las buhardillas fueron obsequiados regiamente por el general.

Mi nacionalidad exótica y mi calidad de estudiante acortaron distancias sociales y estuve siempre cerca de la generala.

La hablé de su armonio y de las exquisitas sensaciones que en mí despertaban sus creaciones musicales. La dije que la comprendía, que conocía sus anhelos y que mi alma era amiga de su alma. No dije más, porque era aún casi niño y porque aún no había estado en París.

Y ella, ruborizada: —Pero caballero, si jamás toco armonio! Si no le hay en esta casa y apenas sé algunos acompañamientos sencillos al piano!

¡Oh, deliciosa criatura, artista exquisita, que tocabas para tí sola á las altas horas nocturnas: cuánto debías sufrir encadenada á un hombre que tenía la gloria de los combates pero no la de los veinte años.....!

.....Después de la cena fueron arrancados los juguetes del ardiente árbol. Y ella, la generala, acordóse del chiquitín israelita, y tomando un pintarrajeado polichinela, le entregó á un criado con una orden. Y el de librea, haciendo gestos, hubo de llevar el muñeco á la bohardilla de Moritz Nathanson, de parte de su ama.

Mas volvió á poco con el envió: —Que Nathanson agradecía á la señora su bondad, pero que el niño no podía aceptar nada en noche Buena... Y además, que su hijito estaba enfermo.

La generala sonrió muy tristemente y arrojó el polichinela lejos de sí, mientras el joven teniente de husares, von Blasewitz, la decía, ajustando con tonto amaneramiento un monóculo á su ojo izquierdo: —¿Ve usted, mi generala, cuánta ingratitud?

Siempre lo he dicho: á estos perros judíos es preciso dejarles reventar sobre la nieve!

Y yo, hubiera dado tantas patadas al teniente, cuantos besos á la generala.

Algunas horas después tocaban con insistencia á la puerta de mi cuarto. Abrí, y á la incierta luz de una lamparilla de aceite reconocí el rostro del viejo semita Moritz Nathanson, horriblemente desfigurado.

—No me equivoco. ¿verdad? ¿Es usted el joven mexicano que tropezó conmigo en la escalera, una noche?

—Sí, ¿qué desea usted?

—Por Dios, por el Eterno Dios, venga usted conmigo! Mi niño se muere y no quiero estar solo.....

Subimos á su buhardilla. Sobre el lecho yacía el muchacho casi asfixiado, destacándose su rostro amoratado sobre la albuja del miserable lecho. Precisa-

ba hacer luego la traqueotomía y le dije al viejo: —Vamos, pronto, un médico!

Pero él movió tristemente la cabeza.

—No, es inútil. A nosotros, los judíos, se nos trata como á perros, si no somos ricos. En la ciudad no hay un solo médico israelita y los otros no querían venir, y menos en esta noche. Además, ya es tarde, no hay remedio, mírele usted.....

En efecto el muchacho se moría.

Moritz me narraba locamente muchas cosas: que me había buscado á mí, porque siendo extranjero, tal vez no sentiría repugnancia por él, que el niño era su nieto, y que su hijoy su nuera habían muerto en Rusia durante las persecuciones antisemiticas; que él, á su edad, trabajaba para dar al niño una educación racional y comerciaba en objetos antiguos y libros raros...

Por fin murió el muchacho. El viejo semita le alzó en sus brazos y le estrechó contra su pecho.

Y sollozante:

—Adios, mi nieto! Adios, último de mi raza! Hoy nadie me queda, hoy puedo dejar que los cristianos me deshagan á puntapiés. Quedo solo, solo. Sus pupilas se abrieron desmesuradamente, pensó un momento, y luego:

—¿Solo? No no, me queda un amigo.

—Y febril, desesperado, se acercó á un mueble.

—¡Era un armonio!!!.

Las descarnadas manos del judío pasaron sobre las teclas, y surgieron melodías, melodías, melodías.

Primero vibrantes, crujientes, devastadoras como clamores de tormenta; nacían crecían se multiplicaban, lo invadían todo.

Rechinaban las vigas de la buhardilla, temblaba el vidrio de la claraboya, y se estremecía mi alma.....

Luego, poco á poco, apagóse la tormenta, oyéronse cantos entrecortados por los ecos de los últimos rayos, y sollozos enlazados á plegarias.

Claridad nimbosa se colaba en el chiribitil. Las campanas de los templos, á todo vuelo, anunciaban regocijadas el nacimiento de un pequeño judío en Bethlehem; sobre el lecho miserable, junto á mí, yacía otro niño judío que acababa de expirar.

Y el viejo semita Moritz Nathanson tocaba, tocaba. Pero era ya una música suave y dulce que se fundió alfin en los compases del viejo himno hebreo.

¡Dios de Israel salva á tu pueblo!

Calló el armonio. Moritz volvióse á mí: sus ojos estaban secos, casi rientes. Púsome ambas manos sobre los hombros y mirándome fijamente, me dijo con voz temblorosa:

—Gracias, gracias, hijo de América. ¡No sabes cuánto bien me has hecho! Gracias, mil veces gracias.

Y como yo ofreciera, aún, mis servicios, contestóme, volviendo á su ceremonioso respeto, y muy dulcemente.

—No, puede usted volver ya á su lecho. No es justo que le retenga. Lo que yo temía, la desesperación, ha pasado. ¿Ve usted? Ya estoy tranquilo, gracias á eso.

Y señalaba el armonio.

Desde entonces creo en la omnipotencia del Arte.

Enero de 98.

Tened compasión de los ancianos adustos; su mal carácter demuestra la amargura de su vida.

SÉGUR.

El derrumbe del 72.

Es una historia trágica. Me la refirió un peso fuerte, uno de esos duros nuevecitos y brillantes que arrojan con desenfado sin inquirir sus secretos, sin preguntarles su historia, (¿qué peso fuerte no tiene historia!) sobre el mostrador de la cantina, ó en la taquilla del teatro.

Y la historia de mi peso, era á la vez que la historia de su génesis, génesis envuelto en sombras, la de un drama vulgar acaso, pero rodeado de circunstancias de alguna emoción.

Yo creo que, como el duro de mi cuento, hay muchos que corren por esos mundos de Dios, sorprendiendo terribles intimidades, secretos espantosos, alegrías infinitas y dolores sin tasa, bañados, sí se ofrece, desde su origen, con sangre ó lágrimas..... ¡Sirve tanto un peso para dar loca esperanza al tahir, para comprar al tedioso el ajénjo que envenena y para que la madre pobre compre al niño enfermo la medicina que salva!

Fué en el mineral X. Allá en el pliegue yermo de la serranía polvosa y triste, donde crecen sedientos y raquíticos el pájaro bobo de blancas flores y el viznago erizado de espinas, allá está el mineral, cercado los patios de beneficio por miserables casucas de peca de maguay y rompiendo solo la monotonía del paisaje la chimenea esbelta y altísima de la casa de calderas. coronada día y noche por densas volutas de humo negro que, al desgranarse, saturan ambiente y caserío con ese olor característico del cook quemado. Aquel manojo de miserables construcciones parece entre semana abandonado y en ruina; solo los sábados en la tarde se anima momentáneamente; es que el tiro vomita por su ancha boca de nido de topo gigantesco gente y más gente, una avalancha de nombres, como del hormiguero pisado adrede brotan centenares de hormigas. Los sábados en la tarde «se raya» y de la perforación abierta en la roca y ramificada en nervaduras en el vientre de la madre tierra, surgen como abortados los que punzón y maza en mano la rompen las entrañas para sacarle el oro, como del árbol herido brota tibia la savia; se acercan al «mostrador» del despacho y allí reciben indiferentes el puñado de monedas fruto de seis días de vigilia de luz, de aire puro, de noción del color, de privaciones y de ausencia de la familia para ir á dilapidarlo con el desdén del que sabe que el metal abunda bajo la corteza del globo, en una orgía momentánea, y volver el lunes, con la aurora, á enterrarse vivos en las galerías y en las labores, estrechamente, como el molusco litófago que labra su urna mortuoria en cualquier pedazo de roca marina.

Bajar á una mina, descender en un tiro cuando no se es minero, es asfixiarse, sentir la opresión del infinito y la nostalgia del sol y del aire..... Las ideas más pueriles asaltan al pensamiento. Cuantas toneladas de roca por sobre vuestras cabezas! Una contracción, un estremecimiento, una plegadura de la peña, y todo habrá concluido! Muerte espantosa comparable solo á la del fósil prensado entre capa y capa de terreno, allá en las edades epilépticas del planeta! Un cuele traidor, el desgajamiento de un peñón por una aleva estria, equivalen á [morir] emparedado, asfixiado, sin que el grito de socorro se oiga fuera de la improvisada cripta.... Morir en pleno Oceano es morir viendo la muerte y esperando, esperando una remota salvación, admirando y creyendo.... Morir en el socavón, es morir en la tiniebla, en el pavor, en la blasfemia.... En el mar ahoga la inmensidad magestuosa, imponente, magnífica. En el tiro mata la inmensidad del terror.... El mar es Dios; el tiro es el averno. Aquel es la luz infinita y este la infinita sombra y es menos cruel morir viendo! Yo, si os he de decir verdad, cuando el cicerone me dijo en el interior de la mina, «estamos á cuatrocientos pies de profundidad» sentí la angustia de Atlas, sentí congestionarse mis pulmones con aquel aire húmedo y enrarecido y me abalanzé al ascensor.... Arriba!.... Abajo nó.... Arriba siempre! ¡Es tan hermoso el azul del infinito!

Y sin embargo; cuántos hombres venden la vida en esas profundidades hasta salir de ellas presa de la hemoptisis para ir á morir en un camastro del Hospital, con una bocanada de sangre, si no es que mueren asaltados por el agua, aplastados por la roca ó víctimas de una hecatombe de la dinamita! Esos hombres ¿son unos desesperados de la vida ó son unos héroes del trabajo? ¿Buscan el más premeditado de los suicidios ó huyen de él en terrible *struggle for life*? Si se los preguntáis, no os sabrán responder, pero si una rencilla estalla, si un odio encarna, entonces veréis que saben solo no temer á la muerte y que cargan confundidos en la misma bolsa del ancho pantalón, el escapulario milagroso y el Colts de seis tiros. Y hay razón para que quien tiene á la muerte siempre encima, abajo, en los costados, no la tema cuando la vé de frente.

Rostros de bronce en que hay estampado un rictus imborrable, algo como la gloriosa sonrisa de los egipcios; ojos de felino, tranquilos y escrutadores; cuerpos de atleta con dorsos de soberbia anatomía, y pulsos firmes, tan firmes que con ellos se juegan la vida; así son los mineros. Conocen la mina como nosotros nuestra casa y la veta como nosotros nuestra mano diestra y quieren á su labor como nosotros á nuestras familias. En las oscuras galerías, trabajan afanosos y constantes como si el trabajo fuera su religión; allá, en «parejas» uno coloca el punzón en el reliz de la roca y el otro deja caer el mazo, y la piedra salta en pedazos á la torpe luz de una candileja occilante,

acompañándose ellos con una especie de canto monótono, dos únicas notas, la una grave, aguda la otra; y esto como quiera que se esté; de pié, de rodillas, pecho á tierra....

«Así los conocí;—me contaba el duro—en una labor que después supe era la 72, y de una de las paredes de la que formaba parte, enclavado en mi matriz de galería, junto á un crucero, y casi junto á un ademe provisional, sostenido en el medio por un horcón vacilante y adornado con todas las fantásticas floraciones de la madera húmeda y en putrefacción.—Cuando los conocí, eran dos buenos amigos que trabajaban en «pareja»; en muchas ocasiones los ví, sentados en el suelo fangoso, dividir la fragal comida y apurar á boca de botella, en la misma y única botella, la ración de pulque»

«Miguel, el marquesito,» era el más joven; moreno, robusto, alto, de franca mirada y resueltos ademanes se hacía simpático desde luego. Le decían el «marquesito» los camaradas por sus manifiestas tendencias de grandeza; y sin embargo, no era un ambicioso vulgar; era un hombre de aspiraciones; soñaba con llegar á ser patrón, después arriero ó fletero con su recua propia, y luego comprador de metales, y después accionista y luego banquero.... Y todo para que en algún día tuviera su coche y su casa propia su chiquilla, una hijita habida en alguna aventura casi olvidada.... ¡Quería tanto á aquel ángel sin madre!»

Nicolas, el compañero, no se le parecía; le decían «el rubio» y algo lo era; pero, (acaso por un presentimiento me decía el duro) á mi me fué siempre poco simpático. Regordete, algo picado por la viruela, con su andar indolente y su cabello crecido y abundante, ostentaba en plena frente una ancha cicatriz que, aunque él aseguraba que provenía de un «refilonazo» era sin disputa la huella de una cuchillada en hueso firme.

«Miguel, según después supe, andaba loco apasionado de una tal Rosa que, á juzgar por lo acontecido después, debe haber sido una real hembra en cuanto á her-

abrazo al que se comunicara toda la fuerza de sus celos; todo sin más testigos que la imagen de una Virgen pendiente, en una mala estampa, de una de las paredes de la labor.

Al lunes siguiente la decoración cambió por completo, probablemente por un terrible secreto puesto del todo en claro por el «Marquesito»: éste llegó á la labor tambaleándose como un ebrio, hosca la mirada y feroz el semblante; colgó la lámpara que les daba luz en aquella infinita tiniebla y encarándose resueltamente con Nicolas que lo seguía, le dijo:

—He bajado tan solo para que arreglemos cuentas.... Donde está Rosa?

—Rosa? ¡Qué sé yo!

—Devuélvemela y.... te perdono. Que me diga que no me quiere, que me desengañe..... y después que se vaya! ¿Donde la tienes?

Nicolas se encogió de hombros desdeñosamente, y tal mohín exacerbó la cólera del «Marquesito» que, apoderándose del pesado mazo que yacía en el suelo, lo blandió sobre la cabeza del amigo infiel gritándole con voz turbia de coraje:

—Pues ni tuya ni mía! No me la devuelves pero tampoco volverás á verla!

Rápido, con la rapidez del relámpago. Nico ás desnudó el puñal oculto entre la blusa; pero no encontrando modo de herir, por fuerza del vertiginoso molinete que hacía en el aire el mazo esgrimido por Miguel y comprendiendo la superioridad del enemigo, trató de huir poco á poco, caminando para atrás mientras Miguel le decía:

—Cobardel ¡cobardel!

Pero viendo que su enemigo iba á escaparse, que se alejaba, haciendo girar aun más violentamente el mazo, lo lanzó á la cabeza de Nicolas que pasaba en aquellos momentos bajo el peligroso ademe, y el pesado proyectil fué á chocar con terrible fuerza contra el horcón que, sacado de la base, perdida la perpendicular y dislocadas las cuñas que lo tenían en firme, se desplomó arrastrando tras de sí las tablas y los atraques y dejando franco el paso á una catarata de grava y guijarros que sepultó ruidosamente á Nicolas, cegó la entrada y apagó en mortal soplo, con la columna del aire comprimido, la candileja que alumbrara tal escena!

Cuando la vibración del desplome se apagó y se extinguió el tremendo ruido, pude oír en la sombra absoluta, entre sollozos de una agonía lenta y cruel, estas palabras:

—Perdón, madre!... ¡Perdón Virgen mía....! mi hijita.... sé tu quien cuide de mi hijita....!

Después reinó el pavoroso silencio de la muerte....

* *

Yo pude comprobar la veracidad de la narración del peso porque registrando la prensa de la época me encontré en un diario esta gacetilla:—Derrumbe—El lunes último hubo uno en el socavón de la labor número 72 de la mina X, debido, según parece, al desplome de un ademe provisional. Perecieron dos mineros; uno enterrado bajo los escombros, sepultado seguramente al intentar salirse; el otro murió asfixiado.»

Oaxaca, Enero de 98.

E. MAQUEO CASTELLANOS.

Preludios de invierno

La parda bruma, en su girar incierto, cuega su encaje y lánguida se mece, y está el triguil tan místico que parece tosco sudario cobijando á un muerto.

A los desnudos álamos del huerto se agarra el heno que en las ramas crece; y en la montaña sin verdor, fenece de las palomas que huyen, el concierto.

Aun quedan hojas verdes que prendidas en lo alto de los árboles, secreta canción sollozan por el cierzo heridas:

Mientras se arrastran en corriente inquieta las que ya se han secado, las caídas.... ¡las ilusiones que lloró el poeta!.....

FRANCISCO DE A. CASTRO.

FONS ILLIMIS.

Cual céfiro sutil entre las frondas, Cual arroyuelo de calladas linfas, Cual blanco cisne en el azul de un lago, En santa paz, se deslizó su vida. El goce apenas dibujó en sus labios Imperceptible y plácida sonrisa; Su dolor fué una lágrima asomada Al abismo de luz de su pupila. El fuego de la edad de las pasiones Apenas dió color á sus mejillas; El amor, con la punta de sus alas Rosó su frente púdica y nítida. Sin huella de su paso por el mundo Cruzó como una nube fugitiva; Nació de aspiraciones sin objeto De sueños vagos y dulzuras íntimas. A su alcoba de virgen, una noche Serena, dulce, perfumada y tibia Llegó la muerte, la besó en los labios Y en su albo lecho la dejó dormida.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.



mosura y una real pérdida en cuanto á alma. Esa pasión sin duda, y según las alternativas de ella, era la que tenía á Miguel trabajando en una semana hecho unas Pascuas y en la otra un buho por lo taciturno y triste. Según lo oí decir, llegó á contar con los favores de la cortejada y trastornado el seso, creyéndola buena y casta y pura, se formó un idilio con final decoración de fiesta nupcial. ¡Pobre Miguel! Digo ¡pobres hombres! ¡En eso estamos mejor jugados los que no tenemos alma!»

«Yo no sé como fué que á poco andar en aquel camino de ventura «el marquesito» se enteró de la verdad; pero lo cierto es que, al primer lunes, bajó á la labor más que nunca adusto, y antes de tomar el punzón y comenzar la faena la emprendió con Nicolás recriminándole su perfidia, su ingratitud y su infamia, al mismo tiempo que le sacudía, colérico, de un brazo, concluyendo por amenazarle de muerte si volvía á poner un pié en el dintel de la casa de Rosa, si la volvía siquiera á ver.... ¡Luego no eran infundadas las murmuraciones de los que hablaban de él porque daba su cariño y el producto de su trabajo á una mujer que le deshonraba..... ¡y con quien!.... con el, con su amigo, con su compañero, con su hermano!.... Nicolás hipócrita redomado, juró y perjuró su inocencia con tal aire de sinceridad, con tal unción, con tanta cobardía, que «el marquesito» se aplacó llegando á dudar que no fuera todo más que una calumnia.

Aquella semana, para la pareja que trabajó con un desgano invencible, transcurrió lenta y tediosa: parecía que en los cráneos de aquellos hombres aleteaba una idea fatídica y persistente; la de desembarazarse del rival odiado, pensando acaso el uno romper el cerebro al otro con un golpe de mazo que le regalara los sesos; pensando el otro acaso ahogar al primero con un



Nuestras Artistas.

Srta. Julia Hidalgo

Reanudamos la sección simpática que el pasado año consagramos á las jóvenes artistas mexicanas y que formará un perfumado ramillete de inspiraciones y de talentos, con el retrato de la Srta. Julia Hidalgo, una de las más gentiles damas de la capital.

La Srta. Julia Hidalgo desarrolló y abrió su espíritu al divino arte musical, en Bruselas, la vieja ciudad flamenca, la arcaica metrópoli gótica fecunda en grandes talentos tales cual los Metterlink, los Rodembach; los Verhearen, y los Lemonnier.

En el conservatorio de esa ciudad hermosa, uno de los principales del mundo, dedicóse al estudio del harpa, llegando á dominar de tal suerte ese instrumento complicado de embelesadoras sonoridades, que obtuvo un primer premio consistente en primoroso relojito ricamente exornado.

De Bélgica, logrando ya uno de los más altos triunfos á que puede aspirar un artista, tornó á su patria donde se la recibió con dilección inmensa y donde, al escucharla, cayó á sus pies al más perfumado ramillete de admiraciones sinceras.

Hoy, ya en el seno de los suyos que la aman, dedícase al cultivo de su arte que la sublima y la embellece y que será su paraíso en medio de las contradicciones perennes de la vida, el *hortus conclusus* donde se refugiará con su ideal, inaccesible á la trivialidad y á las miserias de la tierra.

SOR PRIMAVERA

Pequeñita y rosada, más rosada y más pequeña por el sombrío y enorme convento de que es monja, como podría ser avecilla de inmensa jaula, la señorita de Albanis, en religión Sor Rosalia, y Sor Primavera en la estación de las flores.—nombre con que la designa á veces la abadesa—llena con sus alegrías infantiles el viejo claustro en que mora. Como ha vivido siempre entre religiosas, lejos del mundo, siente, aunque prisionera, la alegría sin pesares, y exhala algunas veces el canto del avecilla encerrada desde pequeña, que nunca ha volado por la selva. Aun el día en que sus cabellos, cortados, cayeron,—¿es acaso, señor con el oro de todas estas cabelleras virginales con que haces la aureola de tus ángeles?—no derramó lágrimas, ni se entristeció su sonrisa con la solemnidad de la profesión. Realmente, no supo á que renunciaba. Que el fuego de otra vida, igual á la suya y atrayéndola, se encendiera en los ojos é hiciera latir el corazón de los hombres; élla lo ignoraba absolutamente; se entregaba á Dios, contenta porque no tenía idea de que podía entregarse á otro. Ahora, con los menudos pasos de un ratoncillo—pero tan ligero, que tiene alas y podría volar—va, viene, se detiene y corre por los largos corredores negros, amarillos, fríos, en las piedras sepulcrales, en el hermoso jardín florido, cementerio antaño, en que atrapa las mariposas que se posan sobre las cruces. Por una gotita de agua que tiembla y vá á caer de una campanilla que trepa por el muro, siente alegrías que la hacen reír y batir palmas, y con la punta de su lengua rosada, extendida, espera y quiere beber al paso aquella perla del rocío. Lo que quisiera, más que otra cosa, sería jugar, á la hora de la recreación, con las niñas,—con las más pequeñas sobre todo,—que están de pensionistas en el convento. No se atreve, y además, no puede, porque ya es monja. Pero aunque lo sea, el buen humor pueril que en ella existe, cintila en sus ojos claros, se extiende por su boca bermeja, sube por su rosada nariz y se derrama por sus temblorosos y pequeños rizos de oro; aun durante los oficios, y arrodillada, no sabría estarse quieta; élla es siempre la que deja caer, haciendo mucho ruido, el tenedor ó la cuchara en el rectorio. Es el diablillo del convento, un diablillo an-

gelical. Y cuando por la noche, la fila procesional de las monjas, lenta, las cabezas bajas, regresa á sus celdas, élla, con su blanca cofia, más alta que las otras, cuyas alas se agitan, parece una garza volando sobre un rebaño.

Pero no es por esto meros piadosa. No tan sólo cumple sin quejarse, las duras obligaciones de la Regla, no solamente reza, sino que hace, tres veces al día, la oración mental, es decir, la meditación sobre las verdades eternas y la bondad de Dios, que, si no es tan indispensable para la salvación como la oración, es, no obstante, necesaria para hacernos perseverar en la gracia. Santa Teresa ha dicho: «El alma que persiste en la meditación, cualesquiera que sean los pecados que el demonio le haga cometer, estoy persuadida que Jesús la conducirá al puerto de salvación.» De rodillas ante una estatua muy pequeña de la Virgen, de yeso blanco, que la abadesa le dió, Sor Primavera pasa largas horas en fervoroso recogimiento. Es, además de esas personas tiernas y nerviosas á quienes se llama «escrupulosas», que atormentan mucho á sus confesores con exagerados temores del pecado, aun venial, y de la condenación. Una vez creyó que su alma se había perdido,—su alma tan pura!—á causa de una distracción en la capilla. Cuando el sacerdote oficiaba, revestido con la casulla rameada de bordados, inclinado al Evangelio, una mosca, grande, de alas tornasoladas, muy brillantes, revoloteaba en un rayo de sol que caía de las ventanas, zumbando y luminosa. Para no ver al insecto que la distraía en su oración, Sor Primavera cerró los ojos; pero no pudo mantenerlos así. ¡Oh! bien sabía ella que es preciso desconfiar de esos bichos volantes, de los que el espíritu maligno toma la forma para perder á las más santas; no ignoraba tampoco que Belzebuth es el Señor de las Moscas. Pero aquella atraía sus miradas de un modo irresistible. ¡Se veía tan linda al sol,—como una turquesa con alas,—y describía tan caprichosos giros en su vuelo! Revoloteaba al rededor de la cabeza del padre, se detenía al borde de la oreja derecha, volvía á volar, se paraba sobre la oreja izquierda, entraba, salía de ella, y volvía á entrar. Si el Sr. Cura era cosquilloso, ya estaba divertido.

Sor Primavera, á su pesar, sonreía, ocultando su sonrisa entre las páginas de su devocionario. En aquel momento, la mosca se cernía; pero de repente se dejó caer sobre la coronilla del sacerdote; permaneció en ella largo tiempo, ya aplicando su trompa sobre la piel de marfil liso, ya empujándose y flotando en el aire sus patas. El oficiante no aguantó más, y con un sacudimiento de todo su cuerpo, arrojó á la importuna bestia, que huyó, lanzando un zumbido de cólera.—Muy bien; ya no volvería, pero ¡ay! pronto volvió. En el momento en que el Sr. Cura con las manos juntas, y vuelto hácia la devota asamblea, mostraba plenamente su gruesa faz rojiza, y su hermosa nariz que lucía como un puñado de ardiente pedrería, la mosca se precipitó, directa, sobre aquella nariz,—como si fuera un zafiro entre rubíes—y se pegó á ella, pregonando su victoria. Entonces, Sor Primavera soltó la risa. Imaginaos que escándalo La pobre monjita, desesperada, espantada solicitando penitencias, ayunando, maceándose, creyó durante un mes que iría, por aquella

risa, á un infierno mucho más rojo y encendido que la nariz del Sr. Cura.

Por tan buena y tan linda, todas la aman y la prefieren, aun las viejas y las feas. La perdonan y la consienten su loca alegría de niña. Gustan mucho de aquella claridad en medio de la sombra en que viven. Pero en la primavera última, causó un gran pesar cuando se vió que la linda criatura ya no reía y no corría sobre las tumbas tras de las mariposas. Se ponía muy pálida, con los ojos tristes, como de haber llorado.

Sor Primavera se marchitaba. Con la frente inclinada, y los brazos caídos, caminaba á lo largo de los muros, sin hablar. «¿Estais enferma, hermana?» Hacia señal de que nó y se alejaba. Quería estar sola. ¿Qué le sucedía? ¿De qué podía provenir aquella tristeza? Llegó aquel estado á ser tanto más alarmante, cuanto que se aproximaba la comunión de la Pascua. ¿La melancólica monja había cometido algún pecado tan grave, que la vergüenza y el temor la contenían en el momento de ir á confesar? Si, había pecado, sin duda. La abadesa, más que las otras religiosas, parecía atormentada, por la honra del convento. Se preguntaba: ¿qué falta será? ¿Acaso Sor Primavera alimentaba una inclinación peligrosa hacia alguien, ya por conversaciones, ya por cartas *amatorias*? Puede ocurrir, aun en los claustros más austeros, que la portera deje la puerta entre abierta, por negligencia, con peligro de escándalo para las religiosas y personas de fuera; que la tornera introduzca papeles ó recados sospechosos. Y á medida que se acercaba el día de la confesión general, Sor Primavera se desesperaba y sufría más y más. Por las noches, en su celda, no dormía. Se escuchaba el ruido de sus pasos y sus sollozos á través de la puerta. Algunas veces se la sorprendía prosternada ante el altar, golpeando su frente contra el suelo. La víspera del gran día, mientras las religiosas esperaban en la capilla haciendo su examen de conciencia, el momento de confesar sus pecados y de recibir la absolución, Sor Primavera estaba tan pálida que parecía iba á desmayarse. Con el paso vacilante de quien, agonizante, vá á caer para no volverse á levantar, se dirigió al santo tribunal en que están todos los castigos y todo el perdón. Ya en el confesionario, fué peor: se arrodilló, con estremecimientos de todo el cuerpo, lanzando sollozos de angustia. El sacerdote se sobresaltó. ¿De qué fardo tan terrible de culpas estaba agobiada aquella alma tan débil? Se estremecía al interrogarla. De pronto ella no contestó, sofocada por el llanto. Pronunciaba palabras entrecortadas: «No puedo, no; nunca me atreveré.» O bien: «Esto se acabó: estoy condenada,» y hasta que el sacerdote, en nombre del Dios terrible y dulce le ordenó que hablara, murmuró con voz débil. «Tengo en mi celda una pequeña escultura de la Virgen Santa, en yeso, que nuestra madre me regaló.... Ante ella hacía yo la oración mental, tres veces al día.... hasta hace dos meses que, una noche, en vez de meditar ante la sagrada imagen, la tomé en mis manos.... la vestí con ropas de muñecas que me prestó una pensionista..... y..... jugué con ella, como con una muñeca, hasta que fué de día!

C. M.

EL ARTE

El Arte es luz, á su feliz destello admirase lo bello,
Notas y versos, formas y colores,
Tesoros ignorados ó escondidos
en la lira, en los nidos,
En el lienzo, en el mármol y en las flores.
El Arte es luz: su influjo soberano es del género humano
Claro timbre de orgullo y de victoria;
Por él, riquezas y poder desprecia
y osténtase en la Grecia
Digno del lauro, emblema de la Gloria.
Surje radiante, en medio á las cadenas de la virtuosa Atenas.
De siglo en siglo los instintos doma,
Y alma del mundo, moraliza y crea
con la forma y la idea,
Templos abiertos por la culta Roma.
Sufre y batalla, mirase ultrajado,
caído, abandonado,
Y lucha sin cesar, llama á las puertas
De palacios ó chozas olvidadas,
y persisten cerradas
Cuando él les lleva las del alma abiertas.
Es él quien besa la inspirada mano del Dante, del Ticiano,
Y arrebatada al amor, cándido y tierno,
De una lira inmortal y prodigiosa
la gloria de un infierno
y de un pincel la «Matez Dolorosa.»
Es su fuego el que incendia la paleta del escultor poeta
Y surge Miguel-Angel; y fascina
Nuestros ojos absortos, extasiados.
Con los lienzos sagrados
Que en sus bóvedas guarda la Sixtina
Es del Arte la fé pura y sencilla
que lleva á la buhardilla
Del gran Cervantes el color y el tono;
Y el «Quijote.» al salir de tal morada,
con una carcajada
Corrije un siglo y estremece un trono.
Es el Arte un galán, el que á las aves
roba notas suaves,
Himnos al bosque al alma su ternura
Y de Adelina Patti en la garganta
Coloca la ventura
Rogándole sumiso «siente y canta.»

Al eco misterioso de su acento
despierta el sentimiento,
Risas de amor á nuestro labio asoman,
Y nubla nuestros ojos ese llanto
que fortalece tanto
Cuando Dioses y templo se desploman.

El Arte es Dios, su soplo indefinible
humilla al imposible,
Mozart, y Rembrandt, Paganini y Hugo
Son astros que en el almo firmamento
demuestran el portento
Que al mismo cielo regalarles plugo.
Línea, color, estrofa y armonía!
El Arte es vuestro guía
Y del humano padecer, consuelo;
Todo lo bello vuestra forma encierra....
seguid sobre la tierra
Regando prismas para ver el cielo!

JOSÉ M. ZAYAS.

Amame, virgen!

Si un dulce beso de tu dulce boca
mi alma sedienta conquistar pudiera,
en un impulso de ternura loca
mi vida toda ante tu altar pusiera.

Si en tu albo seno, que deseos arranca,
mi corazón se reclinará un día,
al ver cerca de mí tu frente blanca
en espasmos de amor me moriría.

Si de tus bellos luminosos ojos
besar pudiera la pestaña blanca,
ébrio de amores me verías de hinojos
para decirte mi pasión más honda.

Si yo sintiera tu adorable cuello
cabe mi labio palpitante opreso,
¡ay! en la nuca de dorado vello,
fundido en perlas te dejara un beso.

¡Oh, dulce niña, aparición radiosa
de virginal y candorosa calma!
sobre tus aras de mujer y diosa
yo te abandono, apasionado, el alma.

Amame tú!... ¡Mi corazón te adora!....
¡Ténle piedad!... y en amorosos lazos,
deja que mi alma, que muriendo llora,
vuelva á la vida en tus amantes brazos!

JUAN RUIZ DE ESPARZA Y HERNÁNDEZ.

BESOS DE ORO

(Cuentos de hadas.)

LAMAS MEXICANAS.

I
Pequeños, tan pequeños que hablaban apenas, halláronse un día en medio de un camino. Ella salía de un matorral, él de una zanja;—¿qué madres sin entrañas los habían abandonado?—y al momento asíéronse riendo, de las manos y echaron á andar juntos.

Lloviznaba en aquel momento, pero á lo lejos distinguíase la costa iluminada, y caminaron hacia adonde hacia sol. Desde aquel día no siguieron otro itinerario que el de la luz y el buen tiempo.

Hubieran muerto de hambre y de sed, si no existiesen arroyuelos que se deslizan entre las matas, y si las buenas mujeres de las aldeas no les hubieran dado de vez en cuando algún pedazo de pan de los que echaban á las gallinas.

Causaba pena verles tan débiles y tan pálidos; pero un día, ya grandecitos, se sorprendieron á sí propios con las manos estrechamente enlazadas y palabras de ternura y cariño en los labios.

Desde entonces no se cuidaron ya de su miseria; ¿qué les importaba ser infortunados ó no, si se amaban?

Vestidos de andrajos, por cuyas roturas los tostaba el sol y los mojaba la lluvia, maldito si envidiaban á las gentes que usan en el estío frescas telas, y en el invierno capas forradas de pieles.

Andaban de pueblo en pueblo y deteniéndose en las plazas delante de las casas de mejor apariencia; ella entonces coplas, él repicaba la pandereta, y como eran de agradable aspecto los dos, solían obtener de limosna algunos cuartos.

Si no recogían nada, tampoco se entristecían; todo era acostarse en ayunas, y bien puede soportarse el estómago vacío, cuando se tiene lleno el corazón.

II.

Un día, empero, sintiéronse muy tristes. Hacia un frío horrible, llevaban tres días sin recoger limosna alguna, y pudiéndose apenas sostener habíanse refugiado en un cobertizo, por cuyas grietas entraba á su sabor el aire helado.

Por más que se acurrucaban; que se estrechaban el uno contra el otro, tiritaban que era una compasión...

A la desesperación del instante, se unía la zozobra del mañana

¿Iban á morir, abandonados de todos, sobre unas piedras menos duras que los corazones humanos?

—¡Dios mío— exclama ella—tantas personas que duermen á su gusto en aposentos abrigados, mientras que nosotros estamos aquí temblando de frío, como pobres pajarillos sin nido y sin plumas!

El no respondió: lloraba. Mas de improviso imaginaron que se habían muerto y estaban en la gloria; tal era el resplandor, en medio del cual, y tan hermosa como un ángel, seles apareció una dama vestida de brocado rojo y con una varita de oro en la mano.

—Pobres niños,—exclamó,—vuestra desdicha me conmueve y quiero auxiliaros. Después de haber sido



Srta. Victoria Tapia.

DE GUADALAJARA

Fotografía de Lupercio

más pobres que los más miserables, vais á ser más ricos que los más opulentos

—Y cómo? preguntaron ellos creyendo soñar. —Soy una hada y lo puedo todo. En adelante, cada vez que uno de vosotros abra la boca, echará por ella una moneda de oro; en vosotros consistirá, por lo tanto poseer cuantas riquezas se os antoje

El hada desapareció y como, á causa del asombro, quedaron los adolescentes con la boca abierta, empezaron á caer de sus labios zequies, doblones, florines, y tantas y tan brillantes monedas, que hubiérase dicho que llovía oro.

III

Poco tiempo después, no se hablaba de otra cosa en aquellos países, que de un príncipe, y la princesa su esposa, que habitaban un palacio, grande como un pueblo, y resplandeciente como un cielo estrellado. ¡Como que los muros exteriores eran de jaspé, riquísimos, incrustados de pedrería!

Y esto era nada comparado con el interior. Sería cuento de nunca acabar el de describir los magníficos muebles, las estufas de oro, las arañas de piedras preciosas que decoraban los salones. Ofuscábanse los ojos al mirar tantas maravillas.

Los señores del palacio daban en él, festines que

todo el mundo juzgaba incomparables. Mesas tan grandes, que todos los habitantes de la ciudad podían sentarse en ellas, ofrecíanse cubiertas de manjares exquisitos y de vinos famosos. Los servidores trinchaban en fuente de oro faisanes de Tartaria, y los escanciadores vertían vinos de Tockay y de Jerez en copas talladas de una sola piedra fina.

Lo que más recocijaba á los comensales de los príncipes, era, que estos apenas habrían la boca para comer ó para hablar, dejaban caer monedas de oro, que los criados recogían en castillos y repartían, á los postres, entre los convidados.

El renombre de aquellas riquezas y liberalidades se difundió tanto, que llegó hasta el reino de las Hadas.

Una de ellas—la que se había aparecido vestida de brocado rojo en el cobertizo roto á los cuatro vientos—determinó visitar á sus protegidos, para contemplar de cerca la dicha que les había procurado y recibir la expresión de su gratitud.

Más cuando al obscurecer penetró en la cámara suntuosa donde el príncipe y la princesa se habían retirado, quedó profundamente sorprendida, porque en vez de darle las gracias henchidos de júbilo, se echaron á sus piés con los ojos arrasados de lágrimas y sollozando de dolor.

—¿Es posible—dijo el hada—que no estéis contentos con vuestra suerte?

—¡Ay! Señora, somos de tal modo desgraciados, que si no os apiadáis de nosotros, moriremos de pesar.

—¿Cómo! ¿Aún sois bastante ricos?

—¡Lo somos demasiado!

—¿Preferiríais en vez de arrojar monedas de oro por la boca, arrojar zafiros y diamantes?

—De ningún modo!

—Decidme, pues, lo que os desconsuela, porque á fe que no lo entiendo.

—¡Oh, hada poderosa! es grato por extremo calentarse cuando hace frío; dormir en lecho de plumas cuando se siente fatiga ó sueño, comer cuando se tiene hambre; pero hay algo más grato todavía, y es besarse cuando se tiene amor. Y desde que somos ricos no gozamos de tal ventura, porque apenas entreabrimos los labios para darnos un beso, salen de ellos zequies detestables ó repugnantes doblones, y lo que besamos es oro.

—¡Ah!—exclamó el hada.—No había pensado en ello. Pero ya no hay remedio y es preciso conformarse.

—¡Nunca!.....Compadeceos de nosotros. Recoged el don fatal que nos hicisteis.

—Lo haré; pero tened en cuenta que al perder la facultad de derramar el oro, perdeis igualmente cuantas riquezas habíais adquirido.

—¡No importa!

—Sea, pues, dijo el hada. Y al tocarlos con su varita, halláronse en un cobertizo por cuyas grietas entraba á su sabor el aire helado, hambrientos, medio desnudos, titiritando de frío como pobres pajarillos sin nido y sin plumas... ¡pero cuán felices, pudiendo cambiar besos de amor!

CATULLE MÉNDEZ.

VIEJOS ROMANTICISMOS

FLOR DE INVIERNO

¡Calla! No es la verdad, deja que acabe mi triste vida, sola, como empieza; tú misma me amarás; el alma sabe que ya en tu inmenso corazón no cabe otra nueva pasión ni otra tristeza.

Conozco las escenas de tu drama; he sorprendido el doloroso enredo; sé que hubo un soplo que apagó la llama, y hoy que mi juventud te grita: ¡jama! tu corazón responde: ya no puedo.

Calla! No es la verdad; está cerrado el templo del amor; solo despojos en el desierto altar has conservado, y el doliente fantasma del pasado es la visión perpetua de tus ojos.

No hay expresión que conmoverte pueda; no me digas que creés... calla...! calla!

Quedó en tu espíritu la fe, cual queda la espada rota que en la lucha rueda sobre el sangriento campo de batalla.

Mas déjame á tu lado: me fascinas, me haces, soñar, me elevas y me asombros ¡Seré un rayo de luz en tus neblinas, seré un festón de hiedra en tus ruinas, seré un lucero pálido en tus sombras!

LUIS G. URBINA.

ALBORADA

Despierta! Ya amanece: en tintas de arrebol se visten los celajes que cruzan el azul; y ya el primer destello del sonriente sol de niebla de oro tiende su transparente tul.

Empiezan las palomas su nido á abandonar, y cual nevados copos ya van por el zafir; en el naranjo umbroso cargado de azahar, el perezoso mirlo ya se oye rebullir.

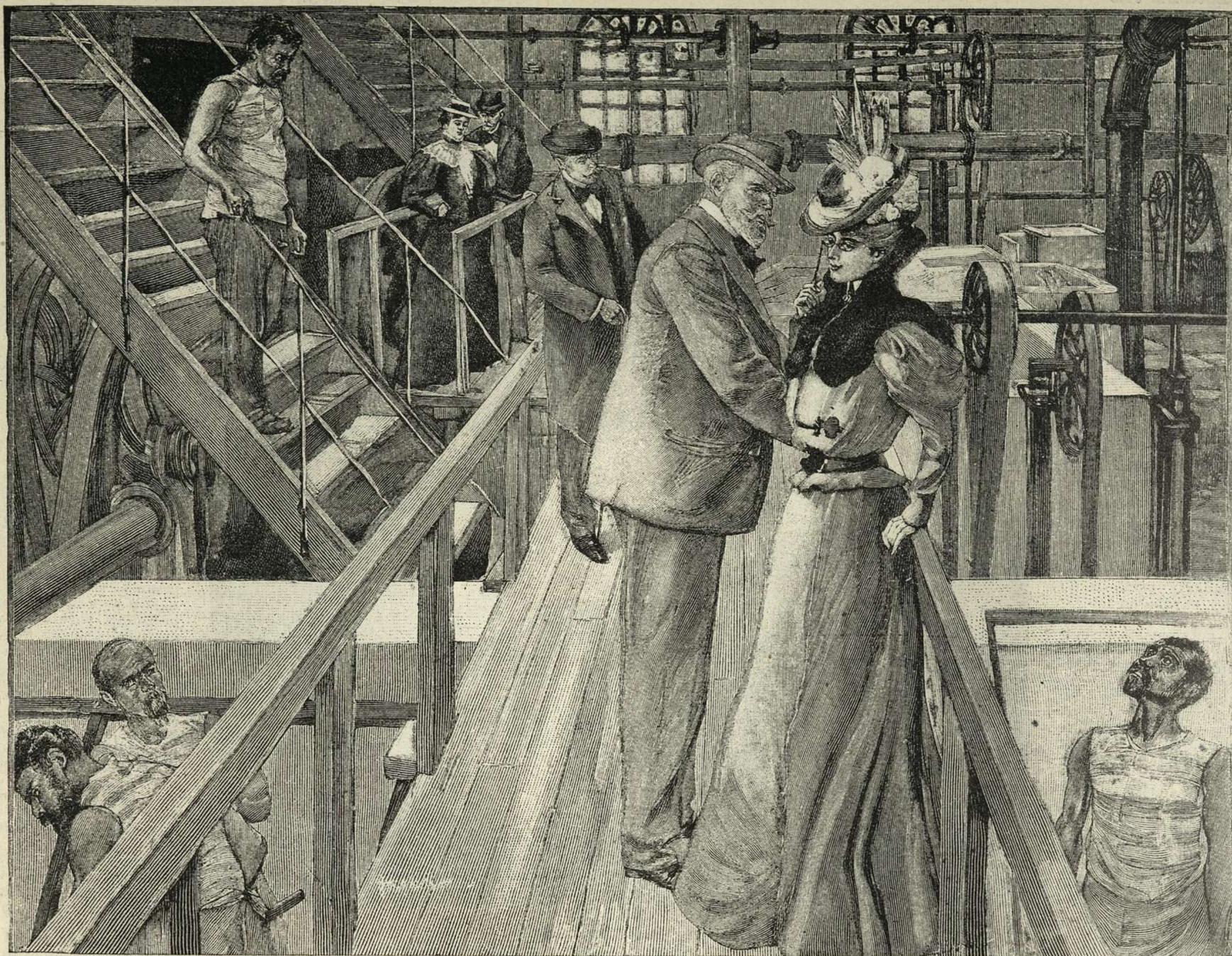
Se fué llorando perlas sobre la fresca flor la Noche cuando viose la luz aparecer; las últimas estrellas extinguen su fulgor, —¡pupilas que la aurora ya vino á adormecer

Espera la Natura al tibio mes de Abril que de anunciar acaba la luz primaveral; le borda verde manto el prado, y el pensil le teje ya afanoso corona nupcial.

Qué alegre está la tierra! qué dulce la estación Colúmpianse las flores en plácido vaivén, y como se abren ellas, el joven corazón de amor al dulce beso entreábrese también.

Mas ¡ay! mientras el cielo la luz engalanó y se envolvió el oriente en mágico tisú, un alma vela triste, sin esperanza: yo; y duerme otra insensible y descuidada: tú!

MANUEL PUGA Y ACAL.



LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 6.

Su afeción por Harlé no le parecía haber disminuido, y permanecía reconocida á su padre por los esfuerzos que prodigaba para sus placeres. Pero he aquí que el padrino la ponía en guardia contra las mismas palabras que antes la tranquilizaban pareciéndole justificar el mal de otros que vivagimiendo mientras ella reía á carcajadas, y que la inquietaban ahora como inconscientes blasfemias.

La señora de Fourchamps más experta en transiciones, más fuerte en precauciones de lenguaje y ocupada por otra parte totalmente en ganarse á Puymaufroy plegándose á sus fantasías de sentimentalismo, supo conquistar algo del corazón de Claudia á pesar de las advertencias que contra ella se habían prodigado. ¿Cómo resistir á movimientos de amistad que se traducían por las tardes, cuando Puymaufroy había partido, en alabanzas delicadas del padrino, para concluir con la expresa recomendación de obedecerlo en todo? La afectuosa recomendación fué acogida con un arranque tal de confianza feliz, que la vizcondesa descubriendo la fuerza inmensa de amor que le estaba opuesta, sintió por un momento vacilar sus esperanzas. Pero había descubierto ya la parte débil de la armadura: juventud, beldad, riqueza, son facilidades que pueden ofrecerse sin escrúpulo á las tentaciones del mundo, para hundir lá hoja mortal cuando haya más confianza y más intimidad entre los corazones.

Puymaufroy enteramente feliz, se cuidaba menos, aunque le inquietaba en verdad el próximo viaje á París porque la fuerza de la vizcondesa estaba allí, y quién sabe si Claudia seguiría permaneciendo docil á los consejos de precaución con que él se empeñaba en mostrarle al enemigo que ocultaba su maldad bajo la capa de ternura maternal.

—Pero, amado padrino, observaba la niña, si la señora de Fourchamps es tan mala ¿como se ex-

plica usted que el mundo que debe conocerla bien le dispense tan favorable acogida?

—Si son los vicios del mundo, Claudia mía, los que hacen á las vizcondesas de Fourchamps ¿cómo quieres tú que las repulse el mundo?

—Pero el mundo no puede estar tan corrompido y hay en él magníficas personas. Ese baile blanco que puso á usted tan furioso, estuvo concurrido por las familias de la más alta nobleza. ¿Por qué?

Mujeres que están por encima de toda sospecha ¿qué fueron á buscar allí? Supongo que no han de haber pretendido un reflejo de la gloria de la señora de Fourchamps. Tampoco el dinero puede ser el interés que haya conducido á casa de la vizcondesa señoritas cuyo dote se cuenta por millones.

—El dinero necesita del dinero, el oro atrae al oro. Pregúntale á tu padre si dejaría que te casaras con un pobre no siendo para comprarle un nombre ilustre.

—¿Entonces, el dinero?

—El dinero, es todo! Lo que se llama *el mundo* es el sindicato de los más fuertes como lo explica muy bien tu padre, y la primera fuerza después de la brutalidad de las armas, es la de las riquezas que reasume todas las demás brutalidades. La antigua nobleza pretendía coronar con una flor ese doble poder lo cual constituyó un hermoso sueño. Richelieu minó y llenó de pólvora la mina bajo los castillos feudales de los gentiles hombres batalladores. Luis XIV arruinó á su corte y Luis XV corrompió á la suya. La revolución hizo rodar muchas cabezas en la guillotina y encendió en otras la loca idea de pedir contra Francia el socorro del extranjero.

Después de esa época, la nobleza no es ya más que un recuerdo que algunos explotan por vanidad y con la cual trafican otros bajo la forma honesta de contrato conyugal, como estamos viendo

todos los días en la feria universal de hombres y mujeres que están en subasta pública. Por eso yo mismo soy á la vez que un nobilísimo Puymaufroy un plebellísimo Panetier, y por eso tu padre ha soñado en hacerte condesa de Hauteroche. Este es otro agrupamiento que se hace como resultado de la disolución del pasado, pero agrupación siempre de los más fuertes. Desde luego hoy, los más fuertes son los más ricos: he aquí el hecho brutal.

—Pero el dinero no lo es todo, padrino.

—Cierto que no. Es demasiado simplemente. El dinero no es todo, pero tiene al género humano por clientela desde que el egoísmo tangible en discos de metal, se ha convertido en fuerza liberadora.

Por eso es que todo cede á esta universal pasión que ninguna otra puede contrabalancear. El dinero no es todo, pero en torno de él se agrupan todas las demás potencias sociales; y ellas mismas que se habían anunciado como protectoras de los hombres, tan pronto como pertenecen al grupo se aglomeran en tiranía.

Alguien ha dicho que contra la opresión de los fuertes, Dios se levantaba en otro tiempo, pero eso sería cuando el mundo era menos pecador.

—¿Entonces todo está corrompido?

—No hija mía. Los buenos se aíslan y en eso consiste el mal. Ellos tienen pureza de sentimientos pero no energía para concertarse y obrar. El interés, la infamia, el apresuramiento de aprovechar la hora, cimentan sólidamente á los que han hecho una coalición de señorío contra las virtudes débiles: entonces los sentimientos generosos recomendados por el decoro, no encuentran sitio en el cuadro social sino á precio de deformaciones que destruyen lo mejor de su energía benéfica y siempre viene á concluirse en que la razón del más fuerte es la mejor. Sin embargo, la hipocresía con que se hace todo esto, es una confesión de

vergüenza hasta en los esplendores del triunfo y es lo que anima mis esperanzas para los siglos por venir.

Indudablemente que estoy hablando en hebreo. Ni la señora Fourchamps ni las excelentes mamás que le llevan á sus hijas, han tenido ni el tiempo ni los medios de reflexionar sobre estas cosas.

Van por instinto hacia la fuerza, y toman el inmediato regocijo de los provechos sociales, acto que se explica por sí mismo y aunque no quiera unose justifica. Lo ventajoso en la actualidad es seguir la corriente, pues aislarse es decidirse á pagar con una derrota segura de la vida, una victoria incierta más allá de la muerte.

—Eso es desesperante padrino ¿Qué me queda pues á mí? Hacerme hermana de los pobres, ó puesto que no puedo cambiar las cosas, vivir con mis veinte años únicamente ocupada en esperar la muerte.

—Dices bien: hablo como un viejo á tu juventud, y tengo tanto menos derecho, cuanto que la vida me ha dado cuanto tiene de más bello. Ahora estoy pagando. . . . A tí te ha llegado tu turno de vivir, y para que vivas plenamente noblemente; quisiera yo á toda costa salvarte del engaño universal.

—Sí, comprendo bien. Hay convenciones que usted reconoce como necesarias, y dice que es locura romper abiertamente con los contemporáneos. Creo que de todo hay en la tierra, bueno y malo porque el mundo no es perfecto, ni la señora Fourchamps es una heroína ¿pero cómo he de ser juez del género humano? El gran amor que usted me tiene es el que lo hace severísimo con todo lo que se me aproxima. Sea usted más indulgente, padrino, y considere que nada tengo que temer mientras esté usted á mi lado.

—No siempre podré estar y te hará siempre falta tu madre.

Y entonces empezaban largas conversaciones sobre la muerte. Puymaufray hallaba profundo placer refiriendo cómo su alma fué abierta por Clara á la piedad de los seres que gimen bajo el yugo de la fatalidad, cómo le destruyó las barreras del egoísmo, y como le inspiró el sentimiento de un común destino, extendiendo su simpatía humana, desinteresándolo de sí mismo é iluminado su dolorosa soledad al revelar la plenitud de vivir. Pero no podía decirlo todo, omitía que el milagro fué de amor, y no comprendía que sus palabras despertaban en su alma envejecida, otros sentimientos diferentes de los que experimentaba la niña que empezaba á vivir.

Fiel á su táctica la señora Fourchamps cuidaba mucho de no interrumpir nunca estas entrevistas y Puymaufray le quedaba por eso reconocido Harlé obraba de igual modo, distraído y feliz al estar maravillando á la vizcondesa á su antojo con los proyectos que iban á hacerle uno de los reyes de Francia. Un día, emprendió la tarea da comprometerla á visitar la fábrica.

—¿Y qué quiere usted que vaya yo á ver allí, le decía la amable indiferente riendo con benevolencia? Hombres ennegrecidos por el carbón, encaramados en horribles máquinas que hacen dar vueltas á las cosas con ruidos ensordecedores de ferrocarril en la estación y luego hombres blanqueados por la pasta que remueven en cubas y yo no sé que horribles cocimientos. ¿No los veo salir todas las tardes con figuras de muertos? ¡Lástima que no pueda usted ocultar esas feas chimeneas negras que taladran las nubes! Napoleon no dejaba visitar sus campos de batalla.

—Porque Napoleon no se atrevía y yo sí. Esto es el progreso. Ochenta mil hombres caídos un día en Moscow, ochenta mil cuerpos destrozados, heridos, gimiendo entre mares de sangre. . . . ¿Y para qué? Yo hago vivir á un pueblo, y eso vale la pena de ser visto lo mismo que los beneficios que derramo y á los que la sociedad saca doble provecho por los hombres cuya vida aseguro, y por los productos de la civilización que yo prodigo por todas partes.

—Lo creo á usted bajo su palabra.

—No basta eso señora. Quiero que lo vea usted por sus propios ojos. Nosotros sembramos el bien, y luego nos dejamos vilipendiar tontamente por los ignorantes y los revolucionarios, cuando bastaría enseñar lo que hacemos.

—Enseñe usted todo cuanto quiera, pero le ruego que sea á los que tengan necesidad de ser convertidos.

—Todo el mundo tiene necesidad de conocer la verdad; si á usted no le agrada ver la fina trama del papel formarse ante sus ojos, desarrollar-

se y cortarse en hojas aladas que serán sus mensajeras cerca de aquellos á quienes distingue su pensamiento, á lo menos vea usted mis ciudades mis asociaciones cooperativas, mis instituciones de caridad.

—Yo sé que es usted bueno, y no necesito más. Mi misión es de arte y no de industria. Nosotras las mujeres somos decorativas, amigo mío, y no servimos para otra cosa. Los dividendos son nuestra materia prima; déjenos ustedes hacer su labor más grata pagándola con complacencias, y quede para su oportunidad la filantropía batalladora.

Harlé desalentado se callaba, no concibiendo que hubiera un espectáculo más bello que su pasta de papel al deslizarse trémula por los telares.

Por agradar á su bella amiga, el desgraciado dejaba su fábrica, y seguía de lejos á Hauteroche en sus cacerías de ciervos, mientras que la vizcondesa galopaba en pos de los perros, tocaba el cuerno de caza, y se embriagaba con las emociones de la carrera, del aire y del ruido. Deschairs á su lado corría infatigable, conquistándose su simpatía cada vez más, en tanto que Enrique, después de fatigarse un poco cortaba el camino no demostrando demasiada tristeza por la dulce soledad en que los dejaban á él y á Claudia.

Por las tardes, se chanceaban con Harlé quien olvidaba su papel por acompañar á sus amigos, con todo y que una gran idea desde hace tiempo concebida estaba á punto de realizarse y antes de un mes todos los convenios serían firmados para el coronamiento de su riqueza y su poder.

El papelero insistió tan bien en que su aristocrática visita consintiera en pasar las puertas de la fábrica, que esta al fin lo dejó hacer. Harlé á la cabeza llevaba soberbiamente la voz, y la vizcondesa lo que quería era quedar en la última fila de los rezagados.

Todo había sido barrido, arreglado, aseado, desde la vispera para el paseo triunfal, y sin embargo la señora Fourchamps tuvo necesidad de reprimir movimientos de disgusto. Se diría que la mujer de mundo estaba á gusto en todas partes, y reinaba indistintamente, en cuantos lugares la conducía la casualidad, exceptuando el universal imperio de la fábrica y el surco. La exquisita flor montada en alambre de hierro con sus pétalos de seda y sus hojas de terciopelo, deslumbraba los ojos, es verdad, pero cuidadosamente preservada de los contactos de la Naturaleza. Una gran distancia había quedado establecida entre la bestia humana de labor y la floración de una humanidad artificial que para estar fuera de las vulgaridades de la vida, se decía y se creía superior á todo. En las rudas escabrosidades de la tierra ó ante el tumulto de las máquinas violentas, la delicadeza de las sensibilidades refinadas se expone sin provecho á dolorosas mortificaciones.

Coquetamente replegada en sí misma, dando ligeros gritos de pudor espantado, la vizcondesa llena de afectación, se puso en espectáculo en la fábrica, en vez de que la fábrica hubiera sido espectáculo para ella. ¿Qué podía comprender de esas hornallas que día y noche sin detenerse jamás, quemaban con su carbón las vidas humanas que la flama atrae? Lo que ella veía era un pueblo que aguijado por la necesidad de vivir, corría para sucumbir en cruel holocausto. Todo arde, todo flamea, todo se reduce á cenizas. los músculos, los nervios, los cerebros, los corazones, pues la muerte se apodera de cuanto ansía la vida: y nosotros nos acostumbramos á ver estos acontecimientos con indiferencia, cuando el interés no nos ciega, en tanto que las multitudes no hacen más que temblar ó cantar el *hossana* de su tortura.

La señora Fourchamps pasaba con los párpados medio cerrados junto á la ironía silenciosa de esas criaturas melancólicas á quienes ella rehusaba su mirada. Y seguía su visita andando á saltitos entre esas incomprensibles cosas de hierro ó de carne, vagamente consolada del rápido contacto, por la idea de que le era propicio para brillar más en su gloria.

Aquellos hombres súcios por el carbón ó por la pasta, desagradables, mojados con el agua de los tanques ó con el aceite de los motores, esas mujeres precozmente envejecidas, aquellos niños embrutecidos por la mecánica, siempre en tensión, contraídos por la eterna repetición de la actitud inmutable en que pasan toda su vida, eran la muestra visible de una humanidad que estaba en el polo opuesto de la humanidad á que ella pertenecía ¿qué sentimiento era para ella más natural en esa situación, sino el de considerarse como de un mun-

do extraño, y experimentar arranques de repulsión allí mismo, donde deberían nacerle arrebatos de piedad? ¿Qué habría podido decir á esas gentes la parisiense desterrada? Estaban demasiado lejos unas y otra. Podían hablarse pero no entenderse.

Claudia, familiarizada con la fábrica, en cotidianas relaciones con las familias visitadas por la desgracia, no sentía ningún embarazo entre este hormigueo de labor. Miradas amistosas la saludaban al pasar. Un signo de inteligencia, una sonrisa, una muestra silenciosa de estimación en que generalmente Puymaufray tenía también su parte, probaban que, á lo menos con ellos, había lazos de unión y simpatía.

Domingo era el capitán en su buque. Su presencia hacía que cada obrero estuviera militarmente en su puesto. No era odiado, pero tampoco era amado: se le obedecía y él no pedía más. Capaz de generosidad á sus horas, fuera de la fábrica, afectaba en el ejercicio de su autoridad un rigor implacable. El reglamento, como las antiguas cartas de los reyes, no permitía excusas; y la multa ó la expulsión, seguían inmediatamente á la falta. Sin embargo había apelación, y la reparación era inmediata también si así lo reclamaba la justicia; el condenado mismo, con la condición de entregarse á merced, obtenía á veces indulgencia, pero á precio de tan duros reproches, que ninguno podía conservar un grato recuerdo del favor. Sin embargo de todo, los obreros le consideraban compañero, amigo del trabajo, y trabajador por su parte, y decían: es de la clase, y no se equivocaban.

Harlé quería mostrar todo á la vizcondesa, que desesperada de contenerlo, se resignó á su destino, y seguía vencida al triunfador.

La pasta de Noruega ó de Austria, el bisulfito ó el kaolin, los papeles viejos, los tubos subiendo á las buardillas ó hundiéndose en las cuevas, y la pasta fluida conjelándose en hojas blancas sobre las telas donde se tamiza el agua, no le interesaban poco ni mucho.

Todo lo que ella sacaba en limpio, es que los árboles se volvían papel y maldito lo que le importaba que esta transformación se hiciera de uno ó de otro modo.

Un departamento de donde se escapaban acres vapores estaba fuera de itinerario.

—Para qué sirve, preguntó Deschairs, y qué se hacía allí?

—Allí se blanquea la materia prima, respondió Harlé. El olor es insoportable y hasta hace toser.

En los momentos en que hablaba Harlé, se abrió la puerta violentamente y salió un hombre atacado por una tos desesperante. Se le vió convulso, apoyar la cabeza contra el muro, y oprimiéndose las sienes con ambas manos.

Luego; cuando recobró su aplomo después del acceso, la blusa se le tiñó de sangre que arrojó abundantemente por la boca como les pasa siempre á los que trabajan con el cloro. El acontecimiento fué tan de improviso y de aspecto tan trágico, que todos gritaban á la vez.

—Qué abominación! dijo Claudia. ¿No es espantoso que se mate así á los hombres? Y sin embargo, es fuerza que la familia viva, y siempre hay gentes que por no abandonarla vengau á buscar esta muerte.

El empleado que servía de guía á las visitas, volo al socorro del desgraciado, á quien atacó un nuevo acceso, y empezó á llevarse lo quedando marcada cada estación que hacían, con otras manchas en la pared.

—Se le va á dar leche en la enfermería, dijo Harlé. Mis hombres no resisten más de cuatro horas en este trabajo respirando ese gas pero no se economiza la leche, y como se las doy en abundancia, hay quienes me viven algunos años.

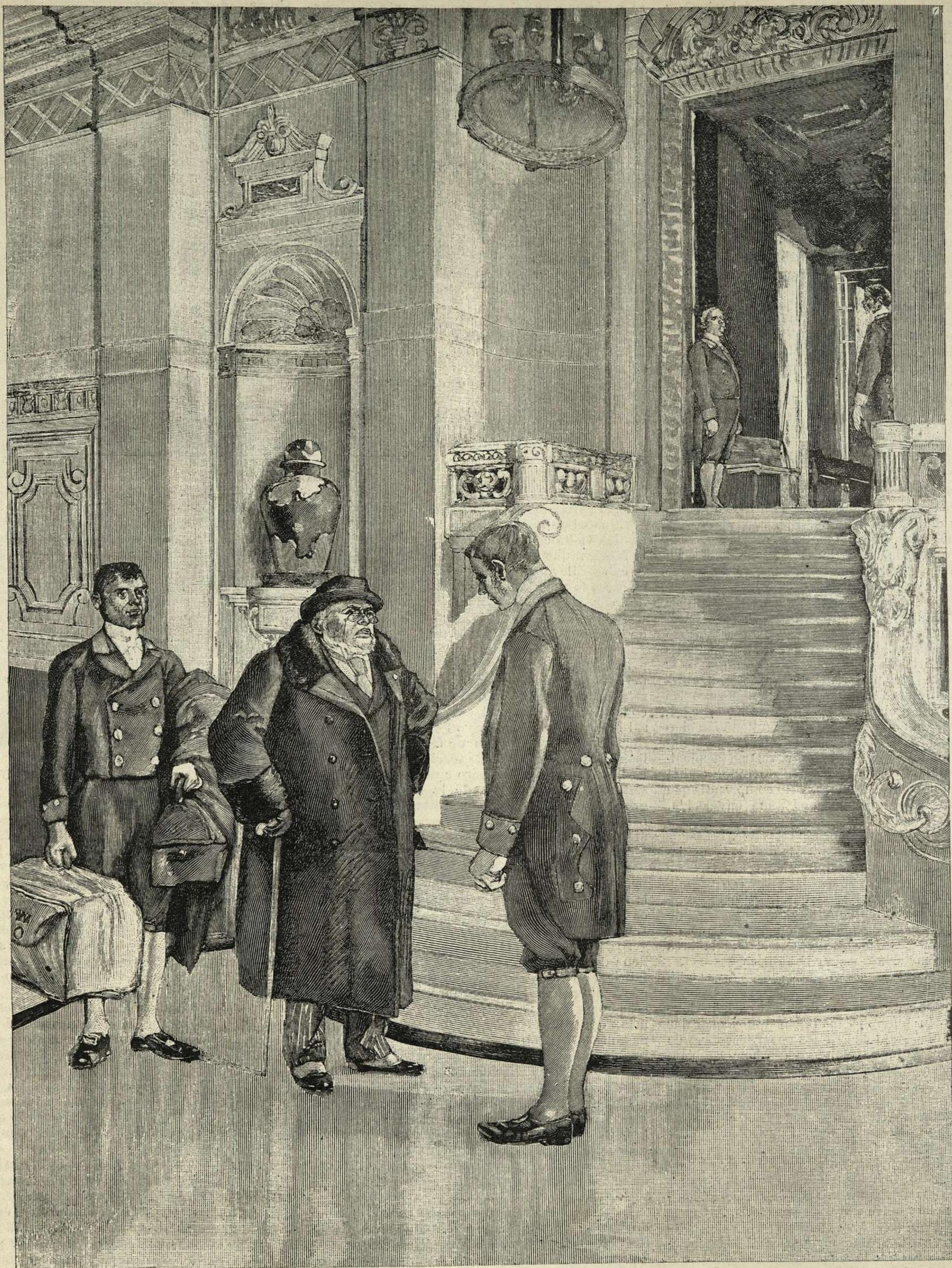
—Y no se podría prescindir del cloro? preguntó Deschairs. No. Ya ensayé blanquear por medio de la electricidad, y no me dió resultado. No hay manera de evitar esto.

—Entonces es necesario resignarse, dijo la señora Fourchamps indolentemente.

—Nuestra resignación se explica más fácilmente que la suya, exclamó Puymaufray.

—Tienen que resignarse á lo inevitable, replicó Domingo. Y además ganan un buen sueldo, cuatro ó cinco francos al día.

—Con lo que basta para no morir de hambre pero no se evita morir de cloro, insistió Puymaufray. ¿En cuanto tiempo despilfarras tú la suma que representa los cortos años de labor en la que se consumirá la vida de uno de esos trabajadores?



—Es mi negocio. Yo saco de mi industria que comprende mi trabajo y el de los otros, todo lo que puedo, porque soy el jefe y el jefe no se expone como los soldados. No faltan otros peligros, otras alegrías si tu quieres. ¿Y crees que yo no arriesgo nada en la batalla? Me mato de otra manera, y eso es todo.

—Pero el modo es muy distinto, dijo Claudia con tristeza. Bien veo que la lucha por la vida es mortal siempre, pero hay procedimientos que parecen aceptables, en tanto que otros son crueles. No es absolutamente indispensable aspirar cloro.

—Si: como es necesario ir á la guerra cuando llega el día.

—Pero papá, el soldado tiene probabilidades de salir ileso, mientras que para estos desgraciados no hay más probabilidad que la muerte.

—¿Y la enfermería, y el hospital, y los socorros? Vengan ustedes á ver lo que hago yo por mi pueblo.

Y entre un torbellino de palabras, arrastró á la comitiva, ahora silenciosa, á los departamentos donde brillaba el lujo de una filantropía sabiamente ordenada. Todo se detalló en conciencia, el alojamiento obrero, luciente de la última limpieza, donde la enfermera endomingada proclamó que se vivía feliz por la gran bondad del Sr. Harlé: el almacén de provisiones á precio de costo,

el refectorio, la casa de socorros, la caja de ahorros, y hasta una organización de pompas fúnebres objeto de un justo orgullo. La Iglesia por un precio que el patrón pagaba de su cuenta, ofrecía á los vivos el consuelo de convenientes funerales para sus muertos. No se puede llevar más allá la filantropía.

Todas estas disposiciones parecieron buenas y excelentemente combinadas; pero á pesar de los ditirambos de Harlé, pesaba sobre la comitiva una inquietud de cosas sentidas aunque no formuladas, una vaga melancolía.

Continuará.

PAGINAS DE LA MODA.



Capota Mealy.

CONSEJOS A LAS DAMAS

Sucede con frecuencia que la persona invitada para madrina de un niño, no encuentra el regalo más á propósito. En este caso, y para facilitar su elección, damos las instrucciones siguientes:

Los regalos para los niños varían siguiendo la posición social y la fortuna, pero se les ofrece con más frecuencia la toilette de bautismo, el cubierto, el tamborcillo, la cuchara para papilla y la pequeña cacerola con mango de marfil. Sobre estos objetos se graban las cifras, bien entendido que la madrina es libre de escoger su regalo entre ellos, si la argentería completa le parece demasiado cara. En este caso se pondrá de acuerdo con el padrino que debe poner la mitad en esta compra. Este último, mandará á la madre de su ahijado un bibelot, cualquiera alhaja, una jardinera de Saxe llena de flores ó un vaso, etc.

El padrino, además de un objeto de arte como el que ofrece á la mamá, obsequiará también á la madrina una caja de dulces, cuyo número varía en razón de su generosidad y riqueza.

La imaginación, las rebuscas, los esfuerzos combinados del arte y de la industria, parecen no tener otro fin que satisfacer los gustos de lujos femeninos y

aliar la coquetería á la comodidad. Es decir, procurar estar bella sin sufrir, esto es legítimo pero ¿es así de fácil? esto se relaciona con la parte más importante de las toilettes de la mujer, el corsé que es la prenda más interesante y que con más frecuencia se lleva mal, debe escogerse que reúna á la vez las cualidades necesarias para dar al cuerpo una forma perfecta sin lo cual no hay belleza verdadera y una libertad absoluta á los órganos esenciales de la respiración.

Uso y costumbres

Se pregunta si se pecará contra la elegancia aprovechando la ley que permite á las mujeres ser testigos en ceremonias del estado civil.

Todas las veces que se haga este papel á título excepcional, por necesidad ó por hacer un servicio, no habrá absolutamente por que temer un ridículo.

Por ejemplo, los términos legales para la declaración de un nacimiento ó de una defunción van á expirar, si no hay más que una mujer que pueda encargarse de este deber civil, ¿en que sería criticable usar de este nuevo derecho?

Ultimamente un marido ha escogido para testigos á sus dos hermanas. Tampoco en esto hay nada repre-

sible. Las dos jóvenes estaban en la comitiva, no parece que se hayan masculinizado, por llenar una función que no les ocasiona ningún abandono de sus ocupaciones obligadas, reduciéndose únicamente á poner una firma.

Muy distinto sería dejar la casa y correr á una alcaldía, sin necesidad, únicamente con el objeto de afirmar su independenciam, cuando amigos á falta de hombres de la parentela, podrían encargarse de un cuidado que correspondía antiguamente al sexo fuerte.

El feminismo,—he aquí una palabra singular para designar la emancipación de la mujer, sus reivindicaciones de igualdad con el hombre—el feminismo no puede ser vituperado sino en ciertas exageraciones.

Así, yo no admitiría nunca—soy retrógrada, lo sé—una mujer-médico atendiendo á los hombres, cortando brazos y piernas.

Pero una mujer-médico, que cuidara únicamente á las mujeres y á los niños, no me espantaría de ninguna manera, sobre todo si no practicaba tampoco sobre ellos operaciones sangrientas, para las cuales un hombre tendrá siempre más seguridad y sangre fría.

Es menos penoso para una mujer enferma, dirigirse á otra mujer. Los niños serían siempre menos miedosos y más dóciles en las manos de un médico femenino. Por bueno que sea, un médico de bigotes no sabe tomarlos bastante bien.

Aun comprendo muy bien que por previsión, por miedo á los reveses de la fortuna, una mujer aprenda una de estas profesiones tan buenas como la de dentista que puede ejercer tan bien como un hombre.

Pero desearía que ella no se sirviera de su ciencia, sino en un caso de necesidad. Todo el tiempo que pueda apoyarse en el brazo de un padre ó de un marido,

que siga para su felicidad confinada en las ocupaciones de su sexo que son bien menos serviles, bien menos humildes que lo que se piensa. ¿No es el papel de un angel guardián el de rodear de bienestar y de alegría al que gana el pan de la casa? ¿No es pues muy elevada la otra misión dada á la madre de educar para la patria, la sociedad humana, los hombres rectos y fuertes y las mujeres honestas y puras?

Esto vale más, esto sobrepasa á las glorias de las mujeres de letras, de la artista, de la abogada.

Este último oficio—ah, cómo soy retrógrada—yo lo prescribo "absolutamente." Y no se puede sufrir el de artista ó el de escribano, sino con la condición de verlos ejercerse discretamente, muy finamente... si la academia lo permite.

NUESTROS GRABADOS

CAPOTA MEÁLY.

Este modelo puede decirse que es el modelo del día. Una capota de las más lindas del mundo, la armadura es toda de fieltro, con gusanillo de felpa, ribeteándola en todo su diseño que recuerda la forma de un ala. Dos plumas de cuervo le forman airón elegantísimo y otras tres surgiendo de la parte anterior de la capota, caen graciosamente sobre el peinado.

A pesar de su elegancia es tan severa, que pueden usarla las matronas.

TOILETTES DE SOIRÉE Y SALIDAS DE TEATRO.

A.—Salida de teatro de muselina de seda rosa sobre fondo de satín blanco, guarnecida de volantes plisé, de tul negro y de pequeños enjambres fruncidos del mismo tul. La prenda se compone de una especie de collet alargándose en punta sobre los brazos.

Este collet se hace de muselina fruncida sobre un forro de *plate*; se entalla de cada lado de adelante para dejar pasar una larga estola proporcionada por el primer collet, que se hace igualmente de muselina fruncida. Cuello muy levantado, formado por un volante de muselina. El volante de tul plissé que rodea el primer collet, gira bajo el brazo para formar la manga. Grueso nudo de tul formando corbata.

B.—Manto salida de teatro de terciopelo de «Parma» con larga corbata escarpa de encaje blanco. El vestido se compone de un cuerpo de gran collet, ajustándose á los hombros por tres presillas de cada lado.

Este collet se redondea por delante, y se adorna con un pequeño volante y dos grupos de coulissés; el último grupo se coloca á la altura de un pequeño collet. Gran cuello muy elevado. Forro de satín blanco.

TRAJE Y ABRIGO PARA CALLE

A.—Traje estilo sastre, de cachemira beige oscura, con falda tallada de una sola pieza y pequeña jaquette compuesta de una espalda de lados pequeños, y frente con aplicación de solapas de satín blanco unidas por tiras de paño y abriéndose en ángulo hacia abajo sobre un chaleco de satín Liberty, plisé, beige claro. Grandes vueltas de paño beige y en el extremo de la falda cinco órdenes de volantes ligeros. Sombrero bourete.

Materiales: 7 metros de paño oscuro y 55 centímetros de paño claro y 60 centímetros de satín; veinticuatro botones.

B.—Collet de terciopelo negro guarnecido de bordados y de cabuchones. Está guarnecido de un volante cerrado por una vuelta aconchada, con un forro de satín crema. Toquita de terciopelo rojo vivo guarnecida de alas negras y de un motivo de joyería.

Materiales: 5 metros de terciopelo en 60 centímetros. 1 m. 25 de satín. Los bordados se ejecutan sobre el tejido.

C.—Collette de terciopelo mordoreado, de elegantísima forma, coronado por una pieza recubierta de un capuchón de zibelina. Gran cuello Médicis y volante de la misma piel. Corbata de muselina blanca apretada por un broche de terciopelo rojo «decorado» prendido con un botón de bisutería—Toqueta drapeada de terciopelo rojo, guarnecida de plumas negras.



8393

TRES HERMOSOS MODELOS



A



B



C

Materiales: 2 metros de terciopelo, una guarnición de piel: 60 centímetros de muselina, 25 centímetros de terciopelo; un botón.

TRES HERMOSOS MODELOS.

El primero [a] de los tres encantadores dibujos que reproducimos en esta plana es un delicioso figurín para un Jacket en paño negro bordado de trenza del mismo color. En cada lado del frente hay una ala elegantísima ribeteada con sencilla cinta. El cuello es estilo Médicis con cinta en tres filas paralelas en los bordes y á uno y á otro lado tres botones de plata. El cinturón es un lazo de satín negro. El sombrero chifoneado con un gran manojó de rosas y un chou de terciopelo negro.

El segundo dibujo (b) es un encantador cuerpo para teatro. El bolero es todo bordado, en tanto que el chaleco y las mangas son de panne. Está ribeteado por un galón bordado de perlas. Las mangas y el yoke están alforzados en tanto que la parte inferior de las mangas tiene incrustaciones de Cluny. El cinto es de terciopelo negro, así como el manguito. El mismo modelo es en grado extremo atractivo con un bolero de aplicación de blondas reemplazando al bordado y ribeteado con una cinta bordada.

El tercer modelo (c) es para comidas de poca ceremonia. Se hace de rosa *fleurs* ó *moirée velours*, la falda y las mangas bordadas con aplicaciones recortadas de paño beige.

El corpiño es de blonda clara, ablusado con un ancho listón de raso terminado en lazo, que lo corona. El cinturón es de satín crema, ribeteado por una pequeña banda de terciopelo obscuro.

Todas las mangas en estos trajes son apenas abultadas en los hombros.

CAPOTA ANDRÉE.

Toqueta formando capota, toda de terciopelo miroir capuchino, bordado y pajeteado, con aplicaciones de terciopelo blanco cernidas por un hilo de oro. Alrededor de la pasadera, enrolladura de una pequeña marta, cuya cabeza se vuelve hacia adelante, posándose en un chifoneado de terciopelo y se encuentra apretado por un collar de strass antiguo. Pluma blanca.



Capota Andrée

TOCA DE MONTIGNY.

Gran toca para patinar, muy elegante. Toda de marta zibelina con rodete estilo bolero, al rededor. A la izquierda un par de alas turquesa fijadas por un boucle antiguo de strass, en joyería.



Toca Montigny

Manga de una sola pieza estrechada en el puño. D.—Camisa de batista ó de percal chifon, abotonada sobre los hombros, guarnecida de pates de entredos; bordados, rodeados de una pequeña banda bordada. Grupo de pequeños pliegues sobre el delantero.

E.—Babero para casa, de piqué con cinturón del mismo tegido, guarnecido de pequeño entredós de bordado y de un volante de nansuk orlado de encaje; el mismo volante adorna el babero.

F.—Blusita de lana blanca tricoteada y con corredera de cinta cometa, rosa.

CIFRAS PARA PAÑUELOS.

Damos otra hermosa coleccioncita de cifras para pañuelos, que se bordan en seda rosa, blanca y azul, y que son de una encantadora originalidad.

COSAS VARIAS

LAS FUMADORAS DE THE

Suponiendo que no llegará hasta nosotras, queridas lectoras, la injustificada manía de copiar lo extranjero, daré cuenta de la última excentricidad,—no retiro la palabra—que han tenido las inglesas.

No contentándose las vecinas de allende el canal de la Mancha con estar bebiendo thé muchas veces al día, se dedican al presente, hasta ahora muy pocas por fortuna, á fumar cigarrillos de thé verde. Afortunadamente entre nuestras compatriotas, tan poco inclinadas á esas aficiones no hará camino ese vicio, que bien puede calificarse de funesto por lo mucho que tiene de enervante en primer término. Mezclado con el vapor de la tetera, se confunde ahora el azulado humo de los cigarrillos de thé inundando la atmósfera del salón con olores embalsamados, excitantes y agradables. La mayor parte de los adeptos á esta rara distracción son, según parece, señoras de clase elevada y de mucho talento. Una autora de novelas, que han tenido éxito, se fuma veinte cigarrillos de thé el día que trabaja.

Hay ya algunas casas en que se ofrecen estos cigarrillos después de comer, y se ha organizado además un club en Kensington para fumar en sociedad.

Esta moda, que es tan pernicioso como es el abuso



Taqueta Mabel

ZAPATO DE ESTAMBRE.

Para hacer este zapato debe utilizarse ante todo un estambre grueso y de color negro. Nuestro grabado demuestra la ejecución del tejido, para que se pueda comprender.

Una vez que está terminada la forma del zapato se le entrega á un zapatero para que este ponga la suela.

En ambos lados del zapato deben ponerse dos fuerzas de cuero para que sostenga el tejido.

DIFERENTES TEJIDOS

Los grabados que reproducimos son tejidos hechos á mano y que se utilizan para el adorno de mesas ú otros objetos. Algunos de ellos son redondos y los otros tienen una forma ovalada.

Los diversos tamaños que deben tener estos, fluctúan entre 22 por 31 cm. 17 por 22 cm y 24 por 21 cm.

El tejido es por demás sencillo y puede estar al alcance de cualquiera.

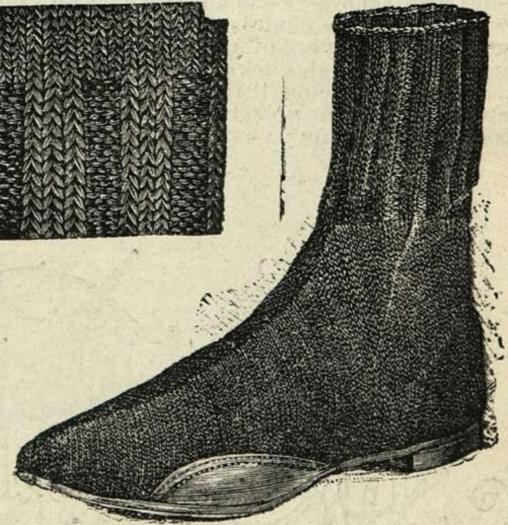


GRUPO DE ROPA BLANCA PARA BEBÉ.

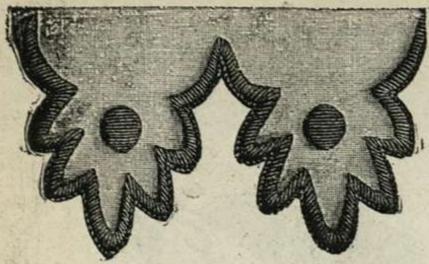
A.—Babero rico para salir á la calle, en forma de corazón, atándose al talle por un pequeño broche. Se hace de batista y se guarnece con un volante de valencianas, pequeños pliegues de lino y de un entredos de puntos.

B.—Camisa de batista con berta y espaldetas, ornadas de entredos y de pequeño volante de encaje. En la parte inferior de la camisa, volante de batista orlado de encaje.

C.—Chambrita de nansuk compuesta de un delantero y de una espalda, fruncidos hacia abajo por una pieza de pequeños pliegues. Volante fruncido de nansuk, orlado de encaje.



Zapato de estambre



tiendas en las cuales se ve un anuncio que dice textualmente: *Cigarrillos de thé.*

del láudano ó del opio, tie-
ne además el inconvenien-
te de ser muy cara, siendo
ésta la causa que ha impedi-
do hasta hoy el que se ex-
tienda el vicio, sin tener en
cuenta que, según mi hu-
milde parecer, resulta una
costumbre que no sienta
nada bien en los labios fe-
melinos.

Sin embargo de esto, ya
se ven en Londres algunas

R. SAN VANGIS.

CONVERSACION.

MOBILIARIO

Los muebles que decoran generalmente una alcoba de señora, sue-
len ser, con frecuencia, una cama, una mesa de noche y un armario
de espejo.

Si se quiere que dicha alcoba sea lo que se llama de *estilo*, es neces-
ario empezar porque el armario de espejo mencionado, no conserve la
línea curva en el copete, si es que se trata de dar el género Luis XV,
ó Imperio.

Se necesita, además, un mueble de actualidad; una papelera en que
guarde su correspondencia particular, y si se quiere, un buen espejo
fijo ó volante, llamado *psyché*.

Pero si no se tiene verdadero empeño en cumplir exactamente la
nota *histórica*, puede emplearse entonces muebles de uso frecuente y
además muy bonitos en su estructura, á los cuales puede dárseles un
aire Luis XV, Luis XVI ó Imperio.

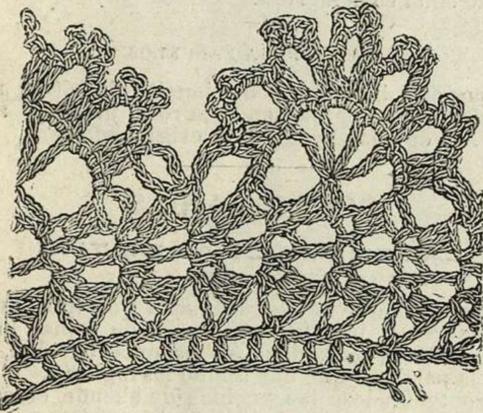
Es indiferente la elección de cualquiera de estos tres géneros, pues-
to que la moda, en medio de su tiranía, los preconiza á todos de igual
manera.

Una alcoba estilo imperio, debe tener, forzosamente, muebles de cao-
ba con molduras de cobre; y otra estilo Luis XV ó Luis XVI, ha de
ser de nogal encerado, ó de madera laca blanca.

Existen, además, otras alcobas llamadas bretonas,
de tal variedad en su género, que la adquisición de
su mobiliario está al alcance de cualquier fortuna.

No suponemos necesario decir, que el cortinaje de-
be ser adecuado al estilo del mobiliario.

En éste hay una infinita variedad, que empieza en
la tela conocida por el nombre de Jony, y llega hasta
la seda brochada, pasando por los tejidos de seda y
algodón, ó lana y seda. La cretona fuerte, llamada ge-
neralmente *frappé*, hace muy buen efecto, adornán-
dola con franjas estampadas, en todos generos y es-
tilos.



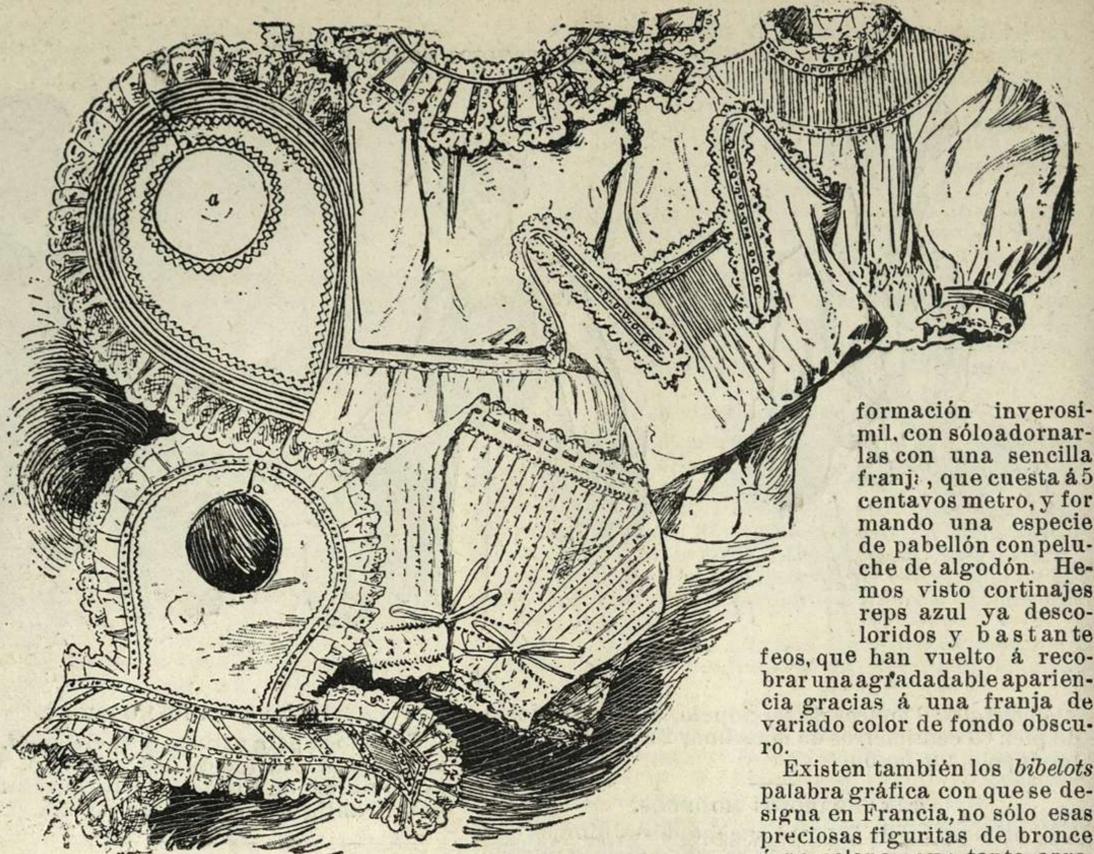
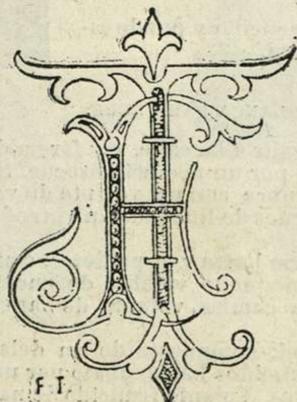
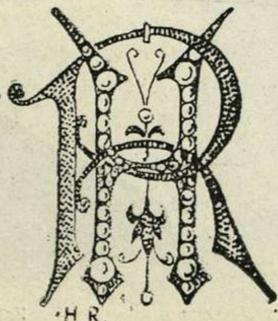
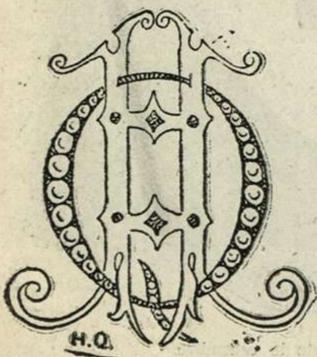
Los tapices han de armonizar también con las col-
gaduras.

Es necesario advertir que, en toda alcoba de mujer,
debe haber dos muebles que se consideran como in-
dispensables: una mesita para escribir, ó *secreter*, en
cuya elección puede lucir su buen gusto y esplendi-
dez, y un costurero ó mesa de labor, mueble esencial-
mente femenino, que caracteriza la habitación parti-
cular de una señora.

Las alcobas de los caballeros deben ser más serias
en el tono del color y en el empleo de los muebles.
Los estilos Luis XIII y Luis XIV ó Imperio son los más
convenientes, las colgaduras deben ser de color ob-
scuro, los tapices modestos y los muebles más bien
hermosos que elegantes.

Pero quizás se me pregunte, ¿cómo podrán ar-
reglarse las familias modestas, que poseyendo un antiguo mobiliario no pueden cam-
biarle, ó teniendo necesidad de uno nuevo, no pueden comprar muebles finos de
los llamados de estilo?

Pues bien, señoras; estas familias podrán también resolver el problema, porque hoy
se venden muebles bonitos y elegantes á varios precios, que aunque no tengan la de-
licadeza de los de verdadero mérito, son muy aceptables para la vista; y los que ya
tengan muebles viejos, les queda el medio de la recomposición, y sobre todo el de una
inteligente colocación. Un mueble que sea un poco feo se puede hacerle variar de as-
pecto; una cama que no esté ya de moda, se puede tapar con un hermoso cubre-cama,
y las colgaduras que ya estén un poco deslucidas se las puede hacer sufrir una trans-



Grupo de ropa blanca para bebé

formación inverosi-
mil, con sólo adornar-
las con una sencilla
franja; que cuesta á 5
centavos metro, y for-
mando una especie
de pabellón con pelu-
che de algodón. He-
mos visto cortinajes
reps azul ya desco-
loridos y bastan-
te feos, que han vuelto á re-
cobrar una agradable aparien-
cia gracias á una franja de
variado color de fondo obscu-
ro.

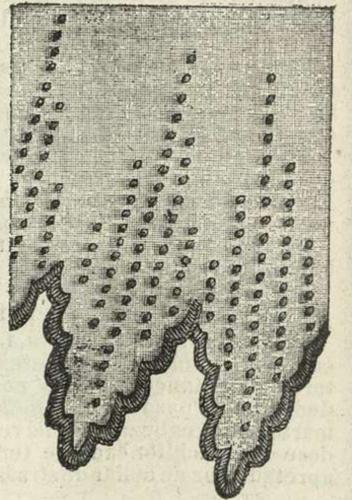
Existen también los *bibelots*
palabra gráfica con que se de-
signa en Francia, no sólo esas
preciosas figuritas de bronce
ó porcelana, que tanto apre-
cian las señoras, sino también
todas aquellas cosas y frivo-
lidades que constituyen los objetos que adornan
la habitación exclusiva de la mujer; ejemplo de
esto es hasta los mismos portieres, que dan tan
buen aspecto y pueden á muy poco costo, ha-
cerse en casa, empleando para ello la peluche, ó
el paño.

M. M

ARTE EN CASA

PANÓ QUE DA ACCESO Á UN SALÓN.

Ahora que están muy de moda las pequeñas
antesalas ampliamente comunicadas con los sa-
lones, véase el modelo que
damos y que
es de una so-
berbia ele-
gancia. Dos
consolas laca-
das, sobrias
en dibujo, con
descansos, y
sin cubierta,
flanquean la
entrada en
cuyo dintel se
pliega, reco-
gido por gra-
ciosos bro-
ches de raso,
un cortinaje
de terciopelo
violeta.

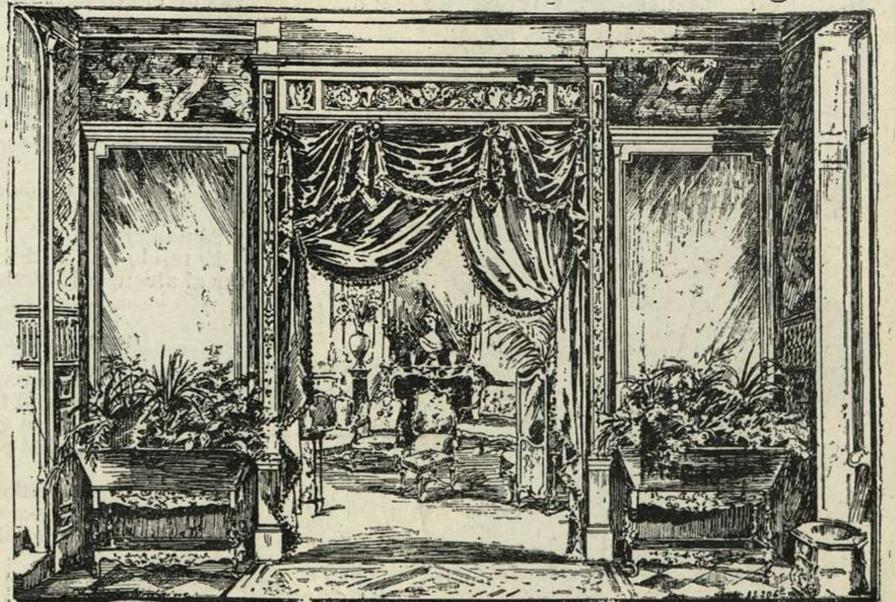


Dos espejos
sobre base de
plantas de
sombra, le-
vántanse á cada lado de la consola, y sobre
ellos hay tapicería hermosamente decorativa.

El salón corresponde á la manificencia de es-
te gracioso vestíbulo.

Las almas sencillas son las únicas que pueden
conocer el secreto de otra alma que también sea
sencilla.

PRINCERA DE SALM-DICK.



Panó que da acceso á un salón.